

BIBLIOTECA

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

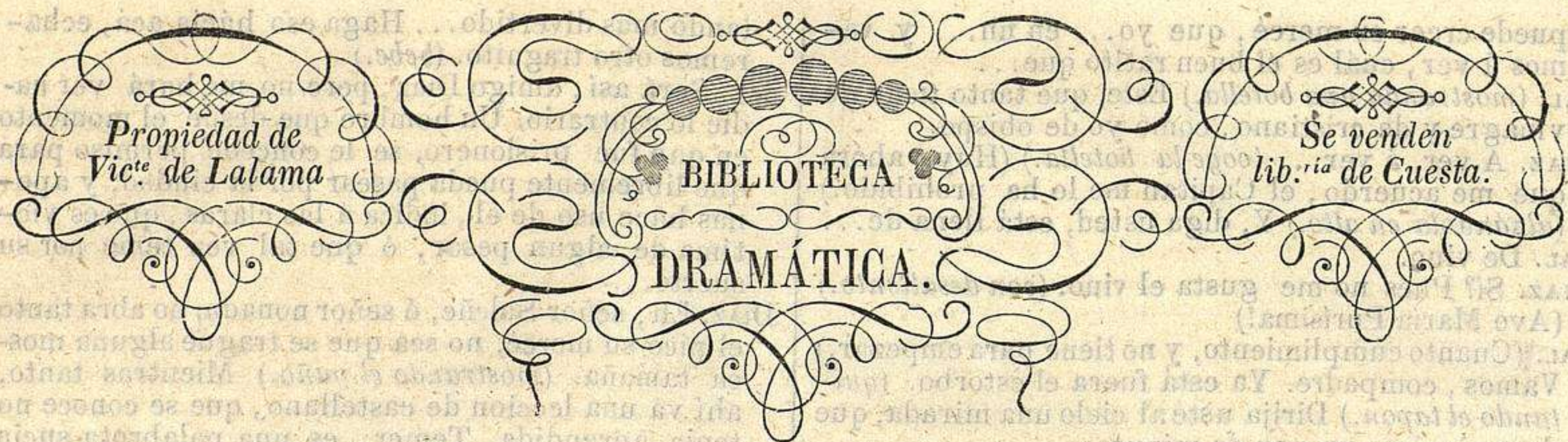
EN LOS TEATROS

DE MADRID.



333

A un tiempo hermana y amante, t. 1.	2 2	Dicha y desdicha, t. 1.	2 5	El Diablo y la bruja, t. 3.	2 9	El Terremoto de la Martinica, t. 5	2 13
Ansias matrimoniales, o. 1.	2 2	Dos familias rivales, t. 1.	3 8	- Doctor negro, t. 1.	4 4	- Tarabana, t. 3.	4 8
A las máscaras en coche, o. 3.	4 4	Don Fernando de Sandoval, o. 5	2 8	- Delator, ó la Berlina del Emigrado, t. 5.	3 16	- Tio y el sobrino, o. 1.	2 3
A tal acción tal castigo, o. 5.	1 5	Don Carlos de Austria, o. 3.	2 10	- Desterrado de Gante, o. 3.	2 5	- Trapero de Madrid, o. 1.	9 14
Azules de la privanza, o. 1.	5 4	Dos lecciones, t. 2.	3 2	- Espósito de Ntra. Sra., t. 1.	1 6	- Tio Pablo ó la educacion, t. 2.	2 7
Amante y caballero, o. 1.	2 11	Dividir para reinar, t. 1.	4 5	- Españolito, o. 3.	3 5	- Testamento de un soltero, t. 3.	2 5
A cada paso un acaso, ó el caballero, o. 5.	4 8	Dios y mi derecho, o. 3. a y 5. c.	2 10	- Enamorado de la Reina, t. 2.	3 8	- Talisman de un marido, t. 1.	2 4
Amor y Patria, o. 5.	2 10	Diana de Mirmande, t. 5.	3 11	- Eclipse, ó el agujero infundado, o. 3.	2 7	- Tio Pedro ó la mala educacion, t. 2.	2 7
A la misa del gallo, o. 2.	3 5	De balcon á balcon, t. 1.	3 1	- Espectro de Herbesheim, t. 1.	3 6	- Toro y el Tigre, o. 1.	3 3
Asi es la mia, ó en las máscaras un mártir, o. 2.	3 2	Dejar el honor bien puesto, o. 3.	2 4	- Favorito y el Rey, o. 3.	1 6	- Tejedor de Jativa, o. 3.	3 6
Actriz, militar y beata, t. 3.	3 9	Esmeralda ó Ntra. Sra. de Paris, t. 5.	3 11	- Fastidio ó el conde Denfort, t. 2.	1 5	- Tejedor, t. 2.	1 7
Al pié de la escalera, t. 1.	3 5	Enriqueta ó el secreto, t. 3.	2 6	- Guarda-bosque, t. 2.	3 4	- Vaso de agua, ó los efectos y las causas, t. 5.	2 5
Arturo, ó los remordimientos, t. 1.	2 4	Elisa, o. 3.	2 4	- Guante y el abanico, t. 3.	3 5	- Vivo retrato, t. 3.	4 6
Al asalto, t. 2.	6 9	Enrique de Valois, t. 2.	2 10	- Galan invisible, t. 2.	3 5	- Vampiro, t. 1.	2 7
Angel y demonio ó el Perdon de Bretaña, t. 7 c.	5 12	Efectos de una venganza, o. 3.	2 8	- Hijo de mi mujer, t. 1.	2 5	- Ultimo dia de Venecia, t. 5.	2 9
A mentir, y medraremos, o. 3.	4 7	Entre dos luces, zarz. o. 1.	2 4	- Hermano del artista, o. 2.	3 11	- Ultimo de la raza, t. 1.	2 4
A perro viejo no hay tus tus, t. 3.	5 11	Estela ó el padre y la hija, t. 2.	1 4	- Hombre azul, o. 5 c.	3 10	- Ultimo amor, o. 3.	2 5
Abogar contra si mismo, t. 2.	2 5	En poder de criados, t. 1.	3 2	- Honor de un castellano y deber de una muger, o. 4.	2 10	- Usurero, t. 1.	2 4
A mal tiempo buena cara, t. 1.	4 6	Españoles sobre todo (segunda parte) o. 3.	2 12	- Hijo de su padre, t. 1.	3 6	- Zapatero de Londres, t. 3.	5 9
Amor y farmacia, o. 3.	2 4	En la falta va el castigo, t. 5.	3 8	- Himeneo en la tumba, ó la Hechicera, o. 1. Magia.	4 7	- Zapatero de Jerez, o. 1.	3 3
Amor y German, t. 1.	1 2	Engaños por engaños, o. 1.	2 4	- Hijo de Cromwell, ó una restauracion, t. 5.	2 10	Fausto de Underwal, t. 5.	1 13
Andrés el Gambusino ó los buscadores de oro, t. 5.	3 9	Estudios históricos, o. 1.	2 5	- Hijo del emigrado, t. 1.	2 10	Fuerte-Espada el aventurero, t. 3.	3 7
Amor y ambicion, ó el Conde Herman, t. 5.	2 14	Es el demonio!! o. 1.	2 3	- Hombre complaciente, t. 1.	3 5	Fernando el pescador, ó Málaga y los franceses, o. 3 a y 10 c.	3 15
Amor de padre, o. 2.	2 3	En la confianza está el peligro, o. 2.	3 4	- Hijo de todos, o. 2.	2 3	Francisco Doria, o. 1.	2 10
Alfonso el Magno, ó el castillo de Gauzon, o. 3.	2 10	Entre cielo y tierra, o. 1.	2 2	- Hombre cachaza, o. 3.	3 4	Gustavo III ó la conjuracion de Suecia, t. 5.	1 11
Allá vá esol t. 1.	2 6	En paz y jugando, t. 1.	2 3	- Heredero del Czar, t. 1.	2 10	Gustavo Wasa, o. 5.	2 16
Adriana Lecouvreur, ó la actriz del siglo XV, t. 5.	5 6	Enrique de Trastamara, ó los mineros, t. 3.	3 9	- Idiota ó el subterráneo, t. 3.	4 14	Gaspar Hauser ó el idiota, t. 1.	4 9
Al fin casé á mi hija, t. 1.	2 3	Es un niño! t. 2.	4 7	- Ingeniero ó la deuda de honor, t. 3.	2 9	Guardapié III, ó sea Luis XV en casa de Mma. Dubarry, t. 1.	3 5
Amar sin ver, t. 1.	1 4	Errar la cuenta, o. 1.	2 2	- Lazo de Margarita, t. 2.	4 4	Guillermo de Nassau, ó el siglo XVI en Flandes, o. 5.	5 7
Beltran el marino, t. 1.	2 8	Elena de la Seiglier, t. 1.	2 5	- Leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro, 6 c.	7 12	Geroma la castañera, zarz.	1 5
Benvenuto Cellini, ó el poder de un artista, o. 5.	5 10	Están verdes, t. 1.	2 3	- Licenciado Vidriera, o. 1.	2 7	Hasta los muertos conspiran, ó 7 2 11	2 11
Batalla de amor, t. 1.	2 3	Empaños de honra y amor, o. 3.	2 6	- Maestro de escuela, t. 1.	3 4	Honores rompen palabras, ó la accion de Villaiar, o. 1.	2 8
Camino de Portugal, o. 1.	1 4	En mi bemol, t. 1.	2 1	- Marido de la Reina, t. 1.	2 5	Herminia, ó volver á tiempo, t. 5	3 5
Con todos y con ninguno, t. 1.	1 2	El andaluz en el baile, o. 1.	2 5	- Mudo por compromiso ó las emociones, t. 1.	3 3	Halifax, ó pícaro y honrado, t. 5 y p.	2 9
César, ó el perro del castillo, t. 2.	2 4	- Aventurero español, o. 3.	2 8	- Médico negro, t. 7 c.	4 12	Hombre triple y muger tenor, o. 1.	4 9
Cuando quiere una muger!! t. 2.	3 2	- Arguero y el Rey, o. 3.	3 10	- Mercado de Londres, t. id.	4 12	Honor y amor, o. 5.	4 9
Catarse á oscuras, t. 3.	3 4	- Agiotage ó el oficio de moda, t. 5.	5 12	- Marinero, ó un matrimonio repentino, o. 1.	5 5	Inventor, bravo y barbero, t. 1.	2 4
Clara Harlowe, t. 3.	5 11	- Amante misterioso, t. 2.	3 6	- Marido de dos mujeres, t. 2.	2 3	Ilusiones, o. 1.	4 4
Con sangre el honor se vengá, o. 3.	2 9	- Alguacil mayor, t. 2.	2 5	- Marqués de Fortville, o. 3.	2 7	Isabel, ó dos dias de esperiencia, t. 5.	4 4
Como á padre y como á rey, o. 3.	3 8	- Amor y la música, t. 3.	2 4	- Mulato, ó el caballero de San Jorge, t. 3.	4 11	Jorge el armador, t. 1.	3 11
Cuánto vale una leccion! o. 3.	3 6	- Anillo misterioso, t. 2.	2 4	- Marido de la favorita, t. 5.	2 11	Jui que jembra, o. 1.	3 6
Caer en el garlito, t. 3.	4 3	- Amigo intimo, t. 1.	4 5	- Médico de su honra, o. 1.	4 6	José Maria, ó vida nueva, o. 1.	1 7
Caer en sus propias redes, t. 2.	2 3	- Artículo 960, t. 1.	2 3	- Médico de un monarca, o. 1.	4 9	Juan de las Viñas, o. 2.	1 6
Conspirar con mala estrella, ó el caballero de Harmental, t. 7 c.	4 12	- Angel de la guarda, t. 3.	3 8	- Marido desleal, ó quien engaña y quien, t. 3.	2 5	Juan de Padilla, o. 6 c.	3 11
Cinco reyes para un reino, o. 5.	2 11	- Artesano, t. 5.	3 8	- Mercado de San Pedro, t. 5.	4 9	Jacobo el aventurero, o. 1.	2 16
Caprichos de una soltera, o. 1.	2 2	- Anillo del cardenal Richelieu, ó los tres mosqueteros, t. 5.	8 7	- Naudragio de la fragata Medusa, t. 5.	3 6	Julian el carpintero, t. 3.	5 6
Carlota, ó la huérfana muda, t. 2.	3 4	- Baile y el entierro, t. 3.	2 8	- Nudo Gordiano, t. 5.	3 6	Juana Grey, t. 5.	2 8
Con un palmo de narices, o. 3.	5 3	- Beneficiado, ó república teatral, o. 1.	3 10	- Novio de Buitrago, t. 3.	4 6	Juzgar por apariencias, o. 3.	5 6
Camino de Zaragoza, o. 1.	4 7	- Campanero de S. Pablo, t. 1.	2 4	- Novicio, ó al mas diestro se la pegan, t. 1.	2 5	Jugar con fuego, t. 2.	1 3
Consecuencias de un bofetón, t. 1.	1 6	- Contrabandista Sevillano, o. 2.	3 10	- Noble y el soberano, o. 1.	2 8	Juan Lorenzo de Acuña, o. 1.	2 9
Consecuencias de un disfraz, o. 1.	3 5	- Conde de Bellasfor, o. 1.	4 8	- Nacimiento del hijo de Dios y la degollacion de los inocentes, o. 1.	6 16	Laura de Monroy ó los dos maestros, o. 5.	2 8
Casarse por no haber muerto, ó el vecino del norte y el del mediodia, t. 3.	5 8	- Cómic de la legua, t. 5.	5 10	- Nudo y la lazada, o. 1.	2 2	Luchar contra el destino, t. 3.	2 8
Cambiar de sexo, t. 1.	4 3	- Cepillo de las ánimas, o. 1.	2 6	- Oso blanco y el oso negro, t. 1.	1 6	Luchar contra el sino, ó la Sor-tija del Rey, o. 5.	2 5
Compuesto y sin novia, t. 2.	1 7	- Cartero, t. 5.	3 10	- Pacto con Satánás, o. 1.	2 10	Llueven sobrinos!! o. 1.	5 3
De la agua mansa me libre Dios, o. 3.	3 7	- Cardenal y el judío, t. 5.	3 10	- Pacto sangriento ó la venganza corsa, t. 6 c.	4 11	Laura de Castro, o. 1.	1 15
De la mano á la boca, t. 3.	2 5	- Clásico y el romántico, o. 1.	2 5	- Page de Woodstock, t. 1.	1 5	Laura, (pról. epil), o. 5.	4 12
Don Canuto el estanquero, t. 1.	5 2	- Caballero de industria, o. 3.	3 4	- Peregrino, o. 1.	3 9	Lázaro ó el pastor de Florencia, t. 5.	2 9
Dos contra uno, t. 1.	2 2	- Capitan azul, t. 3.	2 11	- Piloto y el Torero, o. 1.	2 4	Latreamont, t. 5.	2 15
Dos noches, ó un matrimonio por agradecimiento, t. 2.	3 2	- Ciudadano Marat, t. 1.	3 18	- Poder de un falso amigo, o. 2.	2 5	Libro III, capítulo I, t. 1.	1 2
Deshonor por gratitud, t. 3.	3 4	- Confidente de su muger, t. 1.	2 4	- Perro de centinela, t. 1.	1 2	Llovidos del cielo, t. 1.	2 3
Dos y ninguno, o. 1.	2 3	- Caballero de Grinon, t. 2.	2 4	- Porvenir de un hijo, t. 2.	3 2	Luchas de amor y deber, o. 3.	2 5
De Cadiz al Puerto, o. 1.	1 7	- Corregidor de Madrid, t. 2.	2 4	- Padre del novio, t. 2.	2 4	Luceros y Claveyina, ó el ministro justiciero, o. 5.	3 7
Desengaños de la vida, o. 3.	5 8	- Castillo de San Mauro, t. 5.	3 10	- Pronunciamento de Triana, o. 1.	2 9	La Abadia de Castro, t. 7 c.	9 15
Doña Sancha, ó la independencia de Castilla, o. 1.	2 16	- Cautivo de Lepanto, o. 1.	1 4	- Pintor inglés, t. 3.	3 8	- Abadia de Penmarek, t. 3.	1 8
Don Juan Pacheco, o. 5.	2 8	- Coronel y el tambor, o. 3.	3 4	- Peluquero en el baile, o. 1.	3 5	- Alqueria de Bretaña, t. 5.	7 12
Don Ramiro, o. 5.	1 8	- Caudillo de Zamora, o. 3.	3 4	- Raptor y la cantante, t. 1.	1 4	- Barbera del Escorial, t. 1.	2 3
Don Fernando de Castro, o. 1.	2 8	- Conde de Monte-Cristo, primera parte, 10 c.	4 16	- Rey de los criados y acertar por carambola, t. 2.	2 5	- Batalla de Clavijo, o. 1.	2 4
Dos y uno, t. 1.	1 2	- Conde de Monte-Cristo, tercera parte del Monte-Cristo, t. 7 c.	3 17	- Robo de un hijo, t. 2.	2 8	- Batalla de Bailen, zarz. o. 2.	2 8
Donde las dan las toman, t. 1.	5 5	- Castillo de S. German, ó delito y espiacion, t. 5.	7 9	- Rey martir, o. 1.	2 7	- Boda tras el sombrero, t. 1.	5 9
De dos á cuatro, t. 1.	1 1	- Ciego de Orleans, t. 1.	2 9	- Rey de copas, t. 1.	2 3	- Berlina del emigrado, t. 5.	3 10
De los cuatro, t. 1.	3 2	- Criminal por honor, t. 1.	2 6	- Robo de Elena, t. 1.	3 21	- Los consejos de Tomás, o. 3.	2 6
Dos noches, t. 2.	3 2	- Cardenal Cisneros, o. 5.	1 11	- Rayo de oriente, o. 3.	1 9	La costumbre es poderosa, t. 1.	2 4
Dieguiyo pata de Anafre, o. 1.	2 4	- Ciego, t. 1.	2 3	- Secreto de una madre, t. 3 y p.	3 9	Los celos de una muger, t. 3.	5 5
Dos muertos y ninguno difunto, t. 2.	2 5	- Cardenal Richelieu, o. 1.	3 9	- Seductor y el marido, t. 3.	3 4	La cola del perro de Alcibíades, t. 5.	2 6
De una ofrenda dos venganzas t. 5	4 16	- Castillo de Grantier, t. 1.	4 7	- Sastre de Londres, t. 2.	1 5	- Caverna de Kerougal, t. 1.	1 10
Don Beltrán de la Cueva, o. 5.	2 7	- Duque de Altamura, t. 3.	3 5	- Tio y el sobrino, o. 1.	3 4	- Coqueta por amor, t. 5.	3 4
Don Fadrique de Guzman, o. 1.	3 5	- Dimerol! t. 4.	3 10			- Corte y la aldea, o. 5.	2 8
Dina la gitana, t. 3.	4 8	- Doctorcito, t. 1.	6 2				
Demonio en casa y angel en sociedad, t. 3.	4 3	- Demonio familiar, t. 3.	3 4				
		- Diablo en Madrid, t. 5.	2 7				
		- Desprecio agradecido, o. 3.	4 5				
		- Diablo enamorado, o. 3.	3 21				
		- Diablo son los nietos, t. 1.	2 3				
		- Derecho de primogenitura, t. 1.	3 3				
		- Doctor Capirote, ó los curanderos de antaño, t. 1.	1 6				
		- Diablo nocturno, t. 2.	3 5				



LA TOMA DE SAN QUINTIN.

Drama original en tres actos y en prosa, por D. JOSÉ FERREIRO Y PERALTA, representado con grande aplauso en el teatro de Novedades, la noche del 21 de Enero de 1866.

Al Señor D. Francisco Xavier de Salas.

He llegado, aunque con justo temor, á los umbrales del arte dramático.

La Toma de San Quintin, abundante en magníficos recuerdos para nuestra España, me ha servido de poderosa egida, ocultando con su gloria los yerros de mi primer drama.

A usted, querido amigo, que me alentó con sus consejos y que desvaneció con su indulgencia mis fundados escrúpulos, se le ofrezco reconocido.

Recíbala, pues, como una débil pero sincera muestra de la consideración y amistad que le profesa su afectísimo

El Autor.

PERSONAJES.	ACTORES.
ISABEL DE COLIGNI.....	Doña Dolores Carceller.
MARIA.....	Doña Antonia Navarro.
JULIAN ROMERO.....	D. Juan Manuel Palau.
FELIPE II.....	D. Manuel Vega.
FRANCISCO DIAZ.....	D. José Banovio.
EL ALMIRANTE COLIGNI.....	D. Antonio Juncos.
MR. CILLI.....	D. Donato Jimenez.
EL DUQUE FILIBERTO DE SA-BOYA.....	D. Vicente Yañez.
SALAINNE.....	D. José María Justo.
D. FERNANDO DE GONZAGA...	D. Manuel Catalá.
EL CAPITAN VALENZUELA...	D. Vicente Sanchez.
UN CAPITAN FRANCÉS.....	D. José Marin.

Capitanes españoles, franceses, tudescos, soldados, etc.

Comienza la acción en la noche del 26 de Agosto de 1557, y termina al día siguiente.

ACTO PRIMERO.

Interior de un castillo en San Quintin. En el foro y los costados laterales, puertas de medio punto. Varios sillones de la época, y una mesa con tapete cerca del proscenio, derecha.

ESCENA PRIMERA.

DIAZ y SALAIGNE, entrando.

DIAZ. (Mal arcabuzazo me den, si este murciélago y yo podemos ser amigos.) Conque decíamos, señor francés?... (empieza a pasear.)

SAL. No, todavía no habíamos dicho nada, querido compadre.

DIAZ. Bien, es lo mismo; estoy seguro que le traerá por acá algún recado para mi capitán, y tengo el disgusto de decirle que ha salido.

SAL. Ah! bravo, de seguro habrá ido...

DIAZ. Donde se le puso en la mollera, y sin detenerse, conque, abur, francés.

SAL. Hombre, un momento, mi querido compadre.

DIAZ. (Y dále con el compadre!) Qué mas? Soy todo oídos.

SAL. Oh! Dios, qué poco amable es el Señor Diaz con quien habla también el español.

DIAZ. Ya! (Qué agudo es el avestruz este!) Pues es verdad, vaya, que sea enhorabuena; procurar que no se olvide, porque despues de aprendido, sería... una lástima.

SAL. Ah, no se olvida, no; yo soy poco menos que español.

DIAZ. Eso si, no mucho, pero bastante menos. Conque, que siga el alivio, y hasta otra.

SAL. Eh! Diaz, qué tal vino dan por aquí?

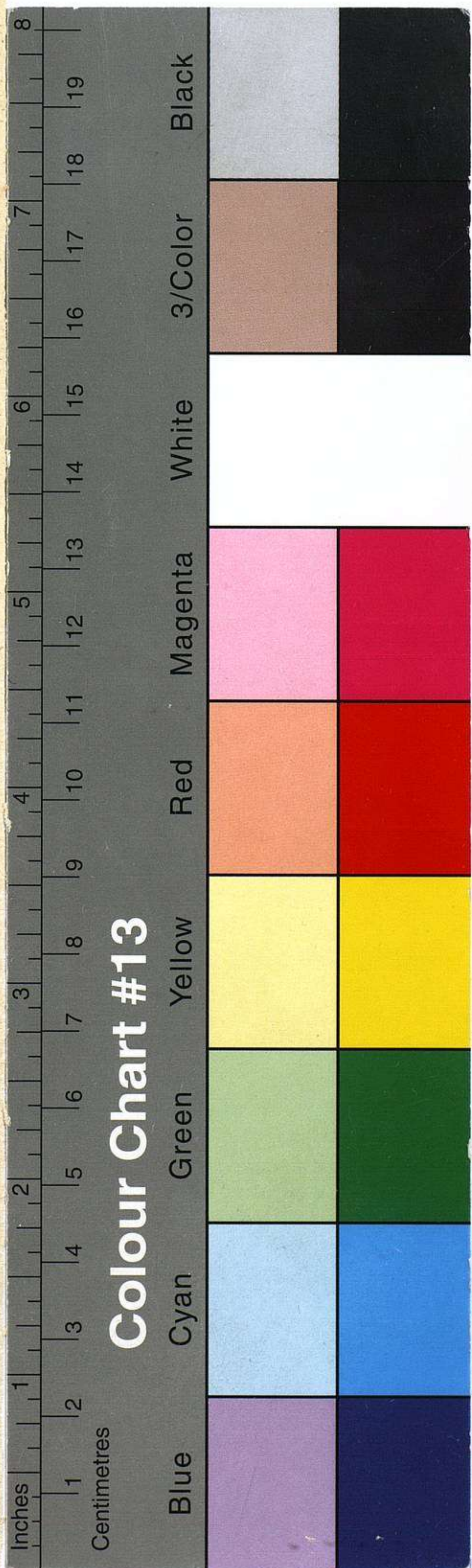
DIAZ. (Me paró el francés.) Ahora sí que me alegro que hable su mercé en cristiano; porque desde que yo y el Capitan estamos presos, teniendo el disgusto de verles, no he bebido un solo día mas que ese vinagrillo del infierno, tan inofensivo como arcabuz sin mecha.

SAL. Vaya, pues yo, Señor Diaz, quiero demostrarle que soy un amigo verdadero; y en prueba de ello, que he tenido buen cuidado de no venir solo, así tan, tan...

DIAZ. Tan cómo, querido compadre, que me estoy ya atragantando?

SAL. Tan poco amigo de proporcionar algún buen rato á aquellas personas que se aprecian de corazón.

DIAZ. Hombre, bien, muchas gracias; igualmente



puede creer su mercé, que yo... en fin... y vamos á ver, cuál es el buen ratito que...

SAL. (*mostrando una botella.*) Este, que tanto tiene de vinagre y de cristiano, como yo de obispo.

DIAZ. A ver, á ver... (*coge la botella.*) (Huy, ahora que me acuerdo, el Capitan me lo ha prohibido.) (*alzándola en alto.*) Y, diga usted, está llena de...

SAL. De vino.

DIAZ. Sí? Pues no me gusta el vino. (*con desaliento.*) (Ave María Purísima!)

SAL. (Cuanto cumplimento, y no tiene para empezar.) Vamos, compadre. Ya está fuera el estorbo. (*quitando el tapon.*) Dirija usted al cielo una mirada, que dure siquiera un par de minutos.

DIAZ. Ya le miraré, hombre, ya le miraré, que si mucho le ofendo. (*mirando á la botella*) no dejarán de venir ocasiones en que me arrepienta.

SAL. Vamos, pues, no desperdiciar esta, querido Señor Diaz, aunque no sea mas que por mí; observe que el ingrato y desagradecido á la amistad...

DIAZ. Vaya, no hay que incomodarse, señor francés; sus cristianas palabras me han llegado á lo mas escondido, y mal arcabuzazo tropiece con este pecador, sino hago lo propio con la basija. (*bebe.*) Cuerpo de tal, y que hormiguillo lleva! Por fuerza la tierra de este vino no debe estar mas de dos jornadas del infierno. Qué rescoldo!

SAL. (Ya tienes bastante para hablar.) Eh, un poquito entero, y nada mas. A la segunda vez que se prueba, ni se siente apenas.

DIAZ. Sí, buenas y gordas. (Estos demonios son capaces de tragar áscuas.)

SAL. Vaya, sentémonos aquí un momento, y acabemos con ella; ahora me (*bebe.*) toca á mí. Así pasará el tiempo hasta que vuelva el Capitan de su paseo. (*se sientan.*)

DIAZ. Hay que esperarle?

SAL. No, pero estaremos juntos hasta su venida.

DIAZ. Yá! (Qué querrá de mí! Ya siento haber bebido, porque esta facilidad de...) (*indica propension al mareo.*)

SAL. Qué tal se pasa aquí la vida, querido compadre?

DIAZ. (Vamos, lo del compadre lo tengo ya aquí, en la punta de la nariz; se conoce que lo aprendió en viernes.) Bien, muy bien, mas que bien. (*Desde que se sientan irá advirtiéndose gradualmente en Diaz los efectos del vino, pero sin gran exageracion y de modo que pueda, á su tiempo, ocultarlos en parte.*)

SAL. Y el capitan Romero, se va ya acostumbando á su vida de preso? Está menos irascible?

DIAZ. Mía, mía este; como si entendieran estos franchutes ni siquiera lo que somos en chanza los de nuestra tierra! Para que se entere su mercé, señor francés; un español, cuando está preso, tiene hoy mas orgullo y mas corage que ayer, mañana mas que hoy, y así vaya sumando sin descansar, hasta que yo avise, que será dentro de un par de cincuenta veranos.

SAL. Pues yo creo una cosa, señor Diaz, con perdon sea dicho de sus palabras.

DIAZ. Diga, diga su mercé lo que quiera, porque luego me tocará á mí.

SAL. Que he creído observar, esto para entre nosotros, que desde hace algun tiempo, está como decaído, triste...

DIAZ. Pues hombre, es observar con provecho; lo que es por hoy, no hace mas que equivocarse desde la cruz hasta la fecha. Sigá, sigá, que voy es-

tando mas divertido... Haga eso hácia acá, echaremos otro traguito. (*bebe.*)

SAL. Será así, amigo Diaz, pero no me hará ver nadie lo contrario. Un hombre que desde el momento en que fué prisionero, se le concede permiso para que libremente pueda pasear por la ciudad, y apenas hace uso de él, indica á las claras, que es víctima de algun pesar, ó que tal vez teme por su suerte...

DIAZ. Eh, señor Saleñe, ó señor nonada; no abra tanto el pico su mercé, no sea que se trague alguna mosca tamaña. (*mostrando el puño.*) Mientras tanto, ahí vá una leccion de castellano, que se conoce no tenia aprendida. Temer, es una palabrota sucia que usaban los moros en mi tierra, para decir que nos tenian asco. Conque, que no se le escape á su mercé delante de los míos, que no le entenderian, y era muy fácil que se amoscasen.

SAL. (Ya va estando en punto: aprovechemos el tiempo.) Corriente; acepto la lección, pues aunque estuve en España mas de dos años, cuando el hermano de mi Capitan era aposentador del padre de vuestro Rey, no siempre se sabe lo bastante. Perdonad pues, y continuo.

DIAZ. Perdonado, y adelante, señor Saleñe. Venga otro poquito de eso, para que me apagué unas lucillas que voy viendo, así delante de estos ojos pecadores.

SAL. Sí, compadre, ya se me olvidaba.

DIAZ. Ah, otra cosa; (*cogiendo la botella.*) no hay que llamarme compadre, eh? Es una aprension, pero conocerá su mercé... en fin, que no me dá la gana.

SAL. Bien, amigo Diaz; tampoco se me escapará. (Si le dejo, vá á venir su amo, y todo se ha perdido.) Pero volvamos al Capitan. Queda convenido que no es temor ni tristeza, eh?

DIAZ. Toma, ya lo creo; y qué?..

SAL. Qué? Que no es, ni con mucho, tan atrevido y emprendedor como mi amo. Bueno seria él para hacer el amor á las muchachas! Lo que es mi Capitan, en cualquier ciudad donde él esté siquiera un mes, se marcha dejando media docena muertas por sus pedazos...

DIAZ. Jé, jé, jé, véngase acá, señor Saleñe, véngase acá...

SAL. Qué!...

DIAZ. Esas pobrecitas difuntas son siempre gente de chapin y litera, ó las hay tambien, de nuestra categoria?

SAL. De todas clases.

DIAZ. Bueno, pues escucha acá, francés; esto en confianza; una, una nada mas puede que tenga el Capitan tambien á medio morir, que vale por su elevacion y... voy esplicándome? mas que todas esas juntas y no juntas.

SAL. Eso si que no lo creo.

DIAZ. Qué, qué no se cree?

SAL. De ningun modo.

DIAZ. Ay, si hablo!..

SAL. Pero, si no puede ser.

DIAZ. Qué sí, digo, hombre, no me sea bruto.

SAL. Cállese por Dios, Diaz, es imposible. (*levantándose y dando algun trapiés.*)

DIAZ. Imposible? (*cogiéndole de un brazo y bajándole al proscenio.*) Conoce su mercé al señor Almirante?

SAL. Sí, y qué?... (Ya es mio.)

DIAZ. Pues ese, tiene una hija, y esa hija es la que... qué tal? Decia yo bien, ó no? jé, jé, jé.

SAL. Bah, eso es broma, señor Diaz.

DIAZ. Broma? Pues ellos me parece que lo han tomado por donde quema. Para bromitas es el Capitán!

SAL. Pues eso se resiste, y no es posible que nadie lo pudiera creer sin una prueba.

DIAZ. Hijo mio, mira que eres mas testarudo y bruto que un toro de Jarama. Allá vá la prueba; pero mal arcabuzazo me den, si como lo cuentas, no tienes que hacer conocimiento con mi daga.

SAL. Hombre, entre amigos...

DIAZ. Bueno, corriente; oye ahora. Dentro de un rato, si te pones al acecho, verás llegar dos hombres, eh? Así... con... con disimulo, le miras al mayor, y verás como de buena gana querrias hacer centinela á su lado, aunque fuera un par de años seguidos, seguiditos... Seguiditos!

SAL. Cómo? Y es...

DIAZ. La almiranta chiquita de arriba á abajo. Qué te parece, mentia yo antes, di, mentia? *(suena una corneta.)*

SAL. Ay! tocan á relevo; Diaz, á Dios, ahí queda eso.

DIAZ. Oye...

SAL. No, que entro de faccion. Hasta la vista. *(Ahora ya está servido mi amo. Vamos en su busca.) (vase.)*

ESCENA II.

DIAZ, solo.

Oye! Nada, se marchó! Vaya unos repentines que le dan! Y me ha dejado con la palabra en la boca! Jesus, que francesitos estos! Y lo que es él, traga el vinillo lo mismo que si fuera agua. A propósito; voy á echar otro traguito; pero el último; porque si vé el Capitán que estoy así, un poco en movimiento... Jesus! mal arcabuzazo me den primero! Huy, ven acá... Parece *(coge la botella.)* mentira que en una cosa, así tan particular, se encierre tanta alegría. Pero señor, en que consistirá que tan pronto me vá siendo un poco difícil estar parado? Cómo empuja, como enjuga el traidorzuelo; aunque francés no es flojo; verdad Diaz? Qué te parece, jé, jé, y eso que no eres endeble, porque si hay uno mas devoto que tu de lo añejo, que las brujas de Maudes celebren sábado con este cuerpecito.

ESCENA III.

Dichos, ISABEL y MARIA: poco despues ROMERO, disfrazadas de caballeros.

MAR. Oye, Diaz.

DIAZ. Eh! qué se ofrece? *(Procurando permanecer serio.)* *(Diablo! la vista!)* Perdonad... yo... El Capitán... vamos...

ISAB. Diaz, amigo mio, sin detenerte un punto, avisa á tu señor: aquí aguardamos.

DIAZ. Diré á su mercé; no puedo avisarle, porque...

ISAB. Cómo, qué dices?

DIAZ. Como que no está, porque se ha ido.

ISAB. Oh, Dios mio, y qué hacemos, Maria? Cómo volvemos sin noticiarle?...

MAR. Señora, tambien es altamente expuesto permanecer aquí mucho tiempo. Con las nuevas que corren, habrá esta noche en la ciudad mas movimiento, y seria fácil que puedan descubrirnos.

ISAB. Y qué hacer, Virgen santa! Si Diaz pudiese encontrarle!... Porque tambien él está espuesto, y si en estos momentos los mas exaltados encontrasen por las calles algun español...

DIAZ. Já, já, já...

ISAB. Diaz!

DIAZ. Perdona su señoria; pero ¡Cómo no me he de reir? Conque exaltados, eh? jé, jé, jé; pues si alguno topa con él, puede que se quede despues del encuentro, mas triste y descompuesto que pícaro en rollo.

MAR. Pero...

DIAZ. Chiton! *(viendo aparecer en la puerta al Capitán.)*

ROM. Isabel!... *(corriendo á ella.)*

ISAB. Oh, Julian, gracias á Dios que te veo! Si vieras con cuánta ansiedad esperaba tu vuelta!... ¡Tengo un miedo esta noche, que, no lo estrañes, me embarga de tal modo, que no soy dueña de mí, ni siquiera acierto á expresar mis pensamientos!

ROM. Tranquilízate, amada mia. *(volviendo al soldado.)*

Diaz, sal, y avisanos si alguien se aproxima. *(vase Diaz.)* Oye, Isabel; ahora mas que nunca necesito invocar tu amor, recordarte nuestros juramentos de inestinguible fé, y las mútuas protestas de eterna constancia que de continuo han brotado de nuestros labios. Como á tí, me anuncia el corazon que se acerca la hora de terribles pruebas para nosotros, y mis ojos han visto ahora mismo los primeros síntomas de la tempestad que ya empieza á desencadenarse. He atravesado la ciudad, y la noticia de que mi Rey ha sentado hoy sus reales ante sus puertas, cunde con tal velocidad, que grandes y pequeños la recorren animándose para la defensa. A no ser por tí, Isabel, á no ser por tu amor, que es mi existencia, mi aliento, solo é inerte como estoy, gozoso pediria al cielo el triunfo de los míos, aun cuando yo fuera su primera víctima. Soldado aun, y atento no mas que á la voz de la gloria, desde aquí veria el guerrero campo de mis hermanos, me hallaría entre ellos, y con la muda voz de mis deseos escitaría su increíble arrojo, para que los garfios de sus escalas fueran á undirse hasta en el corazon de sus enemigos. Pero vives tú, y mas que el combate, que yase anuncia, siento el que se alza en mi alma. Si la ruina de los míos trajera nuestra dicha, en tu blanca corona de desposada, veria yo despues en rojos caractéres la palabra «remordimiento»; y si los leones españoles arrojaban bajo los pliegues del pendon castellano una conquista mas, tal vez entre el espanto de su hazaña, huyese para siempre mi ventura.

ISAB. Dices bien, Julian; negro y sombrío se presenta el porvenir para nosotros. Mi padre, ¿tú lo conoces, jamás consentirá en la alianza con un enemigo de su patria.

ROM. Si, lo sé. *(con tono sombrío.)* En su rudo encuentro será capaz de todo. Creerá, negándome tu amor, que causa en los míos hondo estrago. Oh! pero si quieres, iré en su busca. *(con creciente exaltación.)* Le diré quién soy; le revelaré mi pasado todo; él es guerrero, y tal vez al relatarle mis hechos de armas, mi entusiasmo por la gloria y la noble emulacion que por ella siente mi pecho, se creará orgulloso y feliz en dar su hija á un honrado caballero.

ISAB. Deliras, Julian; no lo pienses siquiera; seria en vano. Esperemos, si; pero como decias antes, escudados tan solo en nuestra constancia. Dios hará lo demás.

DIAZ. *(entrando precipitadamente.)* Señor, gentes se dirigen el castillo, y óigo vivas al Almirante. Qué hago?

ISAB. Oh, mi padre, soy perdida, Virgen santa! valédme!...

ROM. Isabel! no temas.

MAR. Animo, señora. Capitan, salvadnos por piedad!

ROM. Diaz, no olvides que estoy solo; entiendes?

DIAZ. Está bien, señor.

ROM. Corriente; marcha ahora, y guia hacia aquí á cuantos me busquen. (*vase Diaz.*) Tú, Isabel, desecha todo temor, y descansa en mi ánimo. Ven, quién sabe si desde este aposento oirás de tu padre la sancion de nuestros deseos.

ISAB. Dios te oiga, Julian... (*entran.*)

ROM. Pobre Isabel! No ha vacilado en arrostrar el enojo de su padre, por advertirme el peligro que me amenaza. Oh! cualquiera que este sea, podrá compensarse á la pérdida de su amor, que es mi existencia, el dulce encanto de mi alma. Tal vez dentro de un instante irá á decidirse mi porvenir. Qué será de nuestras esperanzas de ventura? (*mirando al cuarto donde está Isabel.*)

ESCENA VI.

Dichos, El ALMIRANTE, CILLI, y caballeros franceses.

COL. Aunque os sorprenda, caballero, sabed que el almirante Coligni viene hoy á vos, con una buena noticia.

ROM. Señor Almirante, escucho ya, aunque sin sorprenderme en modo alguno.

COL. Por qué, Caballero?

ROM. Porque no es extraño que un Almirante francés visite á un capitan español, por mas que este se halle prisionero, ni mucho menos que no encuentre una satisfaccion en comunicar nuevas agradables.

COL. Orgullosa es el capitan!

ROM. Digno, mejor, Almirante.

COL. Bien, dejemos inútiles razonamientos, y oídme. Vuestro egrégio monarca ha sentado su campamento ante las murallas de San Quintin, y ha tenido la ridícula arrogancia de demandar altivo su rendicion. La respuesta será francesa, y como mia. Si entra en la ciudad, habrá conquistado un cementerio. (*movimiento de Romero.*) Escuchad aun, no he concluido. Como yo odio á muerte á los enemigos de mi patria, y no quiero que desde este momento se albergue en San Quintin ningun español, vais en el momento á marchar á vuestro campo. Podria mataros, y estaba en mi derecho; pero no lo hago, porque en cambio vais á hacerme un servicio. Direis á vuestro Rey, que la ciudad alborozada se apresta al combate, y que el Almirante Coligni le aconseja, se vuelva á Amberes, y cuando reclute otro nuevo ejército que aumente en doble el de ahora, que puede acercarse á nuestras murallas.

ROM. Habeis concluido, señor Almirante?

COL. Si, hablad.

ROM. Pues bien. Si la vida que se me otorga es á trueque de llevar á mi Rey vuestro mensaje, que se apreste el verdugo, señor almirante, que yo no he de aceptar tan bochornoso encargo.

COL. Qué, no consentís?

ROM. Nunca. En arrojó y ardimiento, tal vez, deba yo formar el último guerrero del campo castellano, y sin embargo, me sobra esfuerzo para rechazar, en nombre de mi rey, vuestras soberbias palabras. Mala muestra dais de conocer al que hoy os ataca, suponiendo que uno de ellos pudiera hacerse eco de tamaños insultos. Otro, acaso francés, aceptaria, sí, por lo menos, hasta hallarse fuera de los tiros de vuestras murallas; pero un soldado español, cual-

quiera, os diria como yo: Almirante, mira bien lo que haces, porque en lugar de tu vana contestacion, si me dejas llegar al rey Felipe, tardará en verse castigado tu orgullo, lo que tarde el sol en alzarse mañana en el horizonte.

VARIOS CABALLEROS. Muera el villano! (*echando mano á las espadas.*)

COL. Silencio; atrás todos. (*ligera pausa.*) Capitan, aunque dicen, y vive Dios! con razon, que tengo un carácter irascible é impetuoso, no quiero dejarme llevar de su impulso. En vuestro atrevimiento creo traslucir una especie de reto, y le admito. Por si juzgábais, prohibiéndoos salir, que cedia al miedo, ahora mismo os van á acompañar al campo español. Por mi espada os juro, que apruebo vuestro dictámen, y que esperaré ansioso la luz del nuevo dia, si con ella ha de empezar vuestra acometida. (*volviéndose hácia los franceses.*) Caballeros, escoltad al Capitan hasta dejarle en salvo. (*á Romero.*) Marchad.

ROM. (*mirando á la habitacion en que se halla Isabel.*) (A Dios, Isabel!) A mañana, Almirante!

ESCENA V.

ALMIRANTE, CILLI.

CILLI. (Oh, todo se dispone en mi ayuda. Adelante, pues.) Señor, permitidme que os felicite. Tal determinacion, hija es del valor y acendrado patriotismo que tan alto os colocan.

COL. Gracias, Cilli; he obrado de tal modo, para que esos cobardes sepan con quién van á combatir. No hubiérais hecho lo mismo en mi caso?

CILLI. Honrámeme de ello, señor. (Dónde estarán? Ellas no han salido.)

COL. Además, no os parece que la ciudad cuenta con infinitos elementos para resistir un asedio?

CILLI. Caso de que lo continuen, señor Almirante, porque mucho me engaño si ese poderoso ejército no está lejos de nosotros dentro de tres ó cuatro dias. (A darlas el último golpe!) Y á propósito, me ocurre una idea. No os parece, señor, puesto que corren voces de que aquí, en el arrabal, hay gente un tanto sospechosa, que se pasase una escrupulosa revista para cerciorarnos de lo que haya en ello de cierto? En el entre tanto, se prohibia la entrada y salida en la ciudad, y ya que no otra cosa, siempre llegaríamos á averiguar con exactitud el número de combatientes. (Que acepte y ya es mia.)

COL. Decis bien, Cilli. Con eso se sabrá si San Quintin encierra algun traidor. Vamos, pues, que no hay tiempo que perder. Os quedareis aquí, y yo dispondré que todos se pongan á vuestras órdenes para el objeto. Acompañadme hasta fuera.

CILLI. Vamos. (Oh, sin ser delator al descubierto, vengaré tus desvíos, Isabel.)

ESCENA VI.

Queda sola la escena un momento, poco despues salen ISABEL y MARÍA con precaucion.

MAR. Vamos, señora, ánimo por Dios; ya estamos solas.

ISAB. Oh, María, no puedo mas. Tal vez dentro de un instante mi padre se hallará ante nosotras. En este disfraz creará leer una pasion criminal, y en su ardiente cólera, ni dará oidos á mis súplicas, ni crédito á la pureza de mis amores.

MAR. Acaso no, Señora. Sentaos un momento, y mien-

tras os serenais, tal vez se me alcance el medio de salvarnos. (*se sienta.*)

ISAB. Ay! María, de mas comprendo que tratas de animarme con una esperanza que en tu corazon no existe. Ambas hemos escuchado al traidor Cilli, y su perfidia nos ha hecho desfallecer!

MAR. Pero señora, no digais tal. Cómo ha de encaminarse á losotras esa medida, que propuso á vuestro padre? Cómo y por dónde habia de saber nuestra presencia en el castillo?

ISAB. No lo sé, María, pero el corazon no me engaña. Además, yo le conozco por desgracia, y aún resuena en mis oídos la intencionada malicia en que rebotaban sus palabras. Mira, ya estoy mas firme. (*se levanta.*) Des que Julian partió de aquí, me hace daño hasta el aire que respiro. Vámonos, y que el cielo nos proteja.

MAR. Un momento, Señora. No os parece mejor que me adelante yo á explorar el terreno? Observaré por las galerías, y dentro de un instante estaré aquí en vuestra busca.

ISAB. Bien, pero vuelve al punto.

MAR. En seguida. (*vase.*)

ISAB. Oh! madre mia, amparadme! Si en el alma di entrada á una pasion que la subyuga, vos para quien nada existe oculto, sabeis que no la mueven livianos deseos ni esperanzas criminales. Si la traicion prepara sus golpes, si artera vá á descargarlos sobre mí, acorredme, Virgen Santa! Haced inútiles sus malvados designios. (*en actitud suplicante.*)

MAR. Señora, huid por Dios, escondeos.

ISAB. Qué! Qué dices?

MAR. Oh! Tenies razon. Le he visto dirigirse hácia aquí! ocultémosnos, señora!

ISAB. No, María, ya es tarde. Además, no quiero darle semejante espectáculo. Ya le aguardo.

MAR. Oh! vedle!..

CILLI. Hermoso caballero, estoy á vuestros pies. Permitidme que os felicite, pues dejando á un lado cierta estrañeza, á no ser ya peregrina esa hermosura, hacía enloquecer lo que aumenta vuestros atractivos tan esbelto disfraz.

MAR. (*Animo señora.*)

ISAB. (*Dios mio, no puedo mas!*)

CILLI. Bella Isabel, permitidme que estreche vuestra mano. (*adelantándose.*)

ISAB. Teneos, caballero; ved lo que osais.

CILLI. Señora, qué os he hecho yo para ser desdenado tan cruelmente?

ISAB. Caballero, ni la ocasion, ni el sitio, aconsejan esplicaciones de esa índole. Si vuestro encargo, ó el deseo que os ánima, es el de llevarme ante mi padre, guiad, ya os sigo.

CILLI. No, Isabel, no es eso lo que me trae á vuestra presencia. He sabido por una estraña casualidad, que os hallábais aquí, y me ha faltado el valor para dejaros partir, sin reiterar de nuevo el amor inmenso que por vos arde en el alma.

ISAB. Caballero!..

CILLI. Oidme un instante, por piedad, Isabel; os lo suplico. Despues hablareis vos, y si entonces me ordenais el silencio, quejas y lágrimas quedarán por siempre aquí. (*señala el corazon. Pausa.*)—Oidme: hace un año, que entré al servicio de vuestro padre. Al conoceros os creí una conquista fácil y empleé un lenguaje que, lo confieso, no fué el mas propio para servir de intérprete á un verdadero amor. Me rechazásteis, y desde entonces, Isa-

bel, que quizá hubiera sido un pasatiempo y nada mas, se tornó hoy en un amor inestinguible, que ha crecido al compás de vuestros desdenes, y que solo puede acabar con mi vida. Tales mi confesion, Isabel. Ahora, podré deberos mi felicidad?

ISAB. Caballero, os he escuchado, porque la palabra *súplica* salió de vuestros labios. Si la verdad resplandece en cuanto dijisteis, os contestaré de otro modo que como hasta aquí: Cilli, mi amor no puede ser vuestro creedme: no le soliciteis, porque no me pertenece. En cambio, si aceptais de buen grado la amiga, ya que no pueda ser la amante, mi amistad será vuestra. Tal es mi contestacion, y os aseguro que no puedo daros otra.

CILLI. (*Oh! rabia, todo inútil!*) Conque amistad?... Sois muy generosa, Isabel. Y sabeis si semejante ofrecimiento seria agradable al Capitan Romero?

ISAB. Cilli!..

CILLI. Señora, puesto que han sido inútiles con vos cuantos recursos empleé para lograr vuestro cariño, me despojo de tales disfraces, tan contrarios á mi modo de ser, y os digo por última vez, con la ruda llaneza que me caracteriza: quereis mi amor, ó la guerra á muerte mas encarnizada? Preferís un amante esclavo, ó un enemigo despiadado y terrible? Ya veis si será verdadera mi resolucion, cuando no rehuyo presentarme á vos tal como soy.

ISAB. Sois un miserable aventurero, que no merece sino mi desprecio. Por allí es vuestra salida.

CILLI. Miserable?... Ay de vos, Isabel!.. Hasta la vista. (*Tu ruina acabas de labrar. Salaigne está prevenido: voy á echarte en brazos de tu amante.*) (*vase.*)

ESCENA VII.

Dichas, menos CILLI; poco despues SALAIGNE.

ISAB. Ven, María, es preciso salir de aquí cuanto antes... Ese infame es capaz de todo, y...

MAR. Ay señora, por qué en la situacion en que nos hallamos, os habeis dejado de llevar de vuestra justa indignacion? Yo que vos, hubiera procurado ante todo verme libre de este endiablado castillo; despues...

ISAB. No, María, suceda lo que quiera, mi comportamiento no ha debido ser otro. Oh! qué noche, Dios mio; temo desfallecer!..

MAR. Y qué hacemos? Ved que cada instante que pasa...

ISAB. Sí, si, salgamos, y que el cielo nos ayude!..

SAL. Señora? (*embozado hasta los ojos.*)

ISAB. Qué! Quién es?

SAL. No os asusteis; un mensajero del Capitan. He logrado burlar la vigilancia de los centinelas, y os ruego que bajeis la voz, por si alguno pudiera sorprendernos. Si quereis despediros del Capitan Romero, dice que os aguarda en el portillo que dá al campo. Tened confianza en mí, y os haré llegar hasta él, dejándoos despues en vuestro palacio.

ISAB. Y eso es cierto?

SAL. Señora, como lo oís.

ISAB. Y si nos sorprenden?

SAL. Yo respondo de llevaros hasta el Capitan, sana y salva, y volveros despues á dónde querais.

ISAB. Oh! pues bien, fio en vos, y os sigo.—María, vamos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.

Campamento delante de San Quintin. El telon de foro representará la ciudad en panorama. A uno y otro lado tiendas de campaña, siendo practicable la del Rey, que se hallará en primer término, á la izquierda del espectador. Vá á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

FELIPE II, El DUQUE DE SABOYA, D. FERNANDO GONZAGA, ROMERO y CAPITANES.

REY. Duque Filiberto, antes de oír la opinion de mis Capitanes acerca del asedio, como es mi voluntad, haced que entre el caballero español que de San Quintin llegó á nuestro campo.

ROM. Aquí está, señor, esperando vuestras órdenes. (*adelantándose.*)

REY. Alzad, hidalgo. Decidnos quién sois, y á la vez que la mision que os trae á nos, las causas de vuestra permanencia en San Quintin.

ROM. Señor, casi todos los nobles que os rodean han sido mis compañeros; pertenezco á su clase, y me llamo Julian Romero. La magestad de vuestro padre premi6 con esceso mis servicios, ascendiéndome á Capitan de sus tercios. En las fronteras de Nápoles caí herido, y al volver en mi acuerdo, vime prisionero del francés en esa ciudad, blanco hoy de vuestro esfuerzo. El objeto que me trae ante V. M. atañe tan de acerca al asunto de esta campaña, que juzgo, señor, perdonad mi atrevimiento, que debe ser oido despues del parecer de tan espertos guerreros.

REY. Sea asi, Capitan: Señores, entremos en mi tienda. Sentaos y escuchadme. La victoria que con la ayuda del Señor, y vuestro concurso, habemos conseguido del ejército francés, movió mi ánimo á abandonar con toda diligencia la ciudad de Amberes. — Primero, y como era deber cristiano, amparéme de la magestad divina, pidiendo iluminase mis acuerdos, enderezándolos á su mayor gloria; despues, y fortalecido de tal suerte mi resolucion, ha sido atender á lo mas grave, y héme aquí.—Antes de continuar un plan, Duque Filiberto, y vosotros todos, hidalgos caballeros, aprestaos á decir vuestra opinion en lo tocante á este punto. Está bien despues de la reciente victoria, proseguir el cerco de San Quintin, y disponer el asalto, segun ayer se intimó, ó puede ser mas conveniente avanzar en otro sentido? Empezad vos, Duque de Saboya.

DUQ. Señor, aunque hasta aquí y en vuestra ausencia, he obrado con arreglo á mi juicio, si bien falto de escogida penetracion, sobrado en deseos, no escondo que anhelaba la presencia real en el campamento. Viéndome ante V. M., no vacilo un momento en espener lo que solo jamás intentaria.—Alcemos el asedio á esta ciudad, cuya toma de suyo dificil, ha de costarnos una gran parte de nuestro ejército; pero en cambio, sin dar tréguá á nuestro esfuerzo, sigamos adelante. Pocas ciudades fortificadas nos separan de la córte de Francia; marchemos pues, y antes de muy poco puede ondear nuestra bandera sobre sus muros.—El de Guisa, que con tanta vanidad como desgracia cree defender á Roma, la abandonará para marchar hácia París; y entonces, señor, yo os aseguro que haremos desde él tanta sombra, que habrá de llegar hasta las consternadas orillas del Tiber.—Este

era, señor, mi pensamiento, que someto á la penetracion elevada de V. M.

REY. Duque, no os oculto que con él están mis simpatías, y que mas de una vez ha acariciado mi mente; pero antes bueno será que veamos si tal opinion tiene aquí sus contrarios.

VARIOS CABALLEROS. No, no.

ROM. Señor, si me otorgais la venia, expondré yo mi humilde parecer ante el consejo.

REY. Hablad, Capitan.

ROM. Siempre que á guerreros españoles se presenta la realizacion de una hazaña gloriosa, tan solo en ellos se advierte un deseo, y se adivina un movimiento; el deseo es acometerla; el movimiento, llevar la diestra á la cruz de los aceros.—Si luego la empresa la propone un adalid tan valiente y esforzado como el Duque de Saboya, el mas tímido siente brotar en su pecho el vivo fuego del entusiasmo, y anhela el momento de acometerla. Pero Señor, si existen medios mas seguros para llegar á tan venturoso resultado, deben elegirse desde luego. Enrique II cree con su almirante, que los tercios españoles se estrellarán ante los muros de San Quintin, y todo su ejército lo reconcentra en la córte. Podrá llamarse prevision lanzarnos en su busca, aun dada la seguridad de la victoria, si á nuestra espalda queda armado el enemigo, y vamos solo á dominar lo que abarque el soldado bajo sus pies? Por esta razon, señor, yo creo que el asalto debe ser nuestro primer paso, y una vez ganada la ciudad, el ejército, que despues intentará detenernos, por grande que fuese, llegaba ya vencido ante nosotros. Tal es señor, mi opinion. V. M. y los esforzados Capitanes que me escuchan sabrán adoptar el mejor acuerdo. (*ligera pausa.*)

REY. Vos, Don Fernando de Gonzaga, habeis pesado ya en la balanza de vuestro claro juicio, tan opuestos extremos?

GONZ. Señor, notorio es que en lo tocante al servicio de V. M., ni es tal el peso de los años que me impida vestir gozoso el arnés guerrero, ni tampoco que allí donde pueda alcanzarse gloria para la patria, vacile un punto en arriesgar mi vida en su demanda; pero ay! Señor! en asuntos de tal gravedad acaso la nieve que cubre mi cabeza no deja llegar á la mente, en toda su abrasadora fascinación, la idea de acogerlos sin exámen.—Que el ínclito Duque de Saboya haga comparecer la prudencia ante su viril energía, y estoy casi seguro que el fallo de su juicio ha de ser conforme al del Capitan Romero.—Señor, quien nunca fué vencido debe temer mucho mas que el desgraciado, la pérdida de una batalla. Aquel que rije y gobierna el imperio mas basto del mundo, nunca debe esponerse á firmar un tratado de paz, partiendo la iniciativa de su parte. (*movimiento de aprobacion en los capitanes.*)

REY. Oh! es verdad! No quiera el cielo echar sobre mi tamaña desgracia!—Gonzaga, al oiros he creído escuchar la voz de mi padre. Desde Yuste pide al Dios de los ejércitos, que alumbre mi entendimiento, y yo debo empezar porque se apaguen en mí los sueños del niño, las ilusiones del hombre. Quiero en fin, que mañana la posteridad, me llame Felipe el prudente, no el temerario!—Señores, hemos concluido. Duque Filiberto?

DUQ. Señor?

REY. No continúeis. Si no recibo vuestro pensamiento, figuraos qué puesto ocupareis en el real aprecio, cuando era aquel tan de mi agrado.—Capitan

Romero, sois nuestro Maestro de Campo y desde ahora mismo comenzareis á ejercer las funciones de tal. Seguidme, señores; vá á ser ya con nosotros la luz del nuevo dia, y no podemos desperdiciar el tiempo.

DUQ. De modo, señor, que los trabajos comenzados contra la ciudad...

REY. Se continuan, Duque Filiberto; tal vez mañana comencemos el asalto. Ahora á reconocer el campo. *(al acabar el consejo, y del lado opuesto al en que se alza la tienda real, se adelantará un Capitan al encuentro del rey.)*

CAP. Señor, un caballero francés acaba de llegar al campamento, y pide con urgencia presentarse á V. M.

REY. Conducidle aquí. *(volviéndose á los Caballeros.)* Que se efectue inmediatamente un reconocimiento de las murallas, y que el soldado descanse apercebido. Duque, volved á darme cuenta. Seguidle todos, señores.

ESCENA II.

EL REY, poco despues CILLI.

REY. Un francés! Irá el almirante á anticipar los sucesos? Oh, entonces Francia y Roma conocerán bien pronto lo que sabe alcanzar el monarca menos guerrero de Europa.

CAP. Señor?... *(mostrando á Cilli.)*

REY. *(despidiendo al Capitan con una seña.)* El rey os escucha, caballero; podeis hablar.

CILLI. Señor, hanme dicho que V. M. se hallaba celebrando Consejo, y aun he creido entender que en él se decidiría el asalto á San Quintin ó la retirada de su campo. Os ruego, señor, si ya no es secreto, que me digais lo que V. M. ha decidido.

REY. Qué es esto, caballero? Enrique segundo de Francia acostumbra á sufrir interrogatorios de sus vasallos?

CILLI. *(Oh rabia!)* Señor, perdonadme, pero tanto he menester saberlo, que...

REY. Pues ya estais prevenido para en adelante. Comenzad por decirme quién sois, y sobre todo, quién os envía á mi presencia.

CILLI. Mi nombre. Señor, no puede ser desconocido á V. M. Un hermano mio, el caballero Cilli, fué Aposentador de vuestro padre, y con él he residido en España bastante tiempo. Hallábame dispuesto á consagrarla mis servicios, cuando un desafio ruidoso, en el que fui vencedor, me hizo huir á mi verdadera patria, temiendo el castigo que prevenian vuestras pragmáticas. Despues, y hasta hoy, he servido á las órdenes del Almirante Coligni.—Ahora, Señor, de nuevo insisto en mi primera súplica. Como delator acudo á V. M.; pero si la decision adoptada fuera la de alzar el asedio, decidmelo, y me librais de tan vergonzoso extremo.

REY. Caballero, advierto con disgusto que no os trae á mi presencia encargo alguno oficial; sin embargo, valga á vuestro atrevimiento el recuerdo de pasados servicios que habeis invocado, y que quiero reconocer; pero, como última advertencia os prevengo, que antes de continuar, examineis si debo seguir escuchando vuestra narracion. Aun es tiempo para que os retireis, sin tener que deplorar una mala ventura.

CILLI. Ah! no señor; si la delacion beneficia mis intentos, aseguro tambien que es de gran trascendencia para V. M.

REY. Pues bien, acabad de una vez, y en el entender de que el asalto se verifica.

CILLI. Oh! gracias, señor, entonces ya no vacilo. Sepa V. M. que ahora mismo, quizá muy cerca de este sitio, existe un traidor en vuestro campo.

REY. Qué decís?

CILLI. La verdad, Señor. Un vasallo de V. M. se halla en secreta inteligencia con el Almirante Coligni. Tengo datos que lo prueban, y respondo de su exactitud con mi cabeza.

REY. Oh! si caballero, habeis dicho que un vasallo mio es traidor á su patria, y por Dios os juro que el delito ó la calumnia sufrirán un castigo tal, que espante. Decid su nombre; decidlo pronto, aun antes de la relacion de sus intentos, y si hay cómplices, sean quien fueren, tambien exijo que vuestro labio los pronuncie.

CILLI. *(Diablo, esto es mas duro que creí, si habré ido demasiado lejos?)* Señor, afortunadamente solo hay uno, y aunque Capitan, tal vez puede que ni aun sea conocido de V. M. Se llama Julian Romero, y hasta hace muy pocas horas, se hallaba preso en San Quintin.

REY. Romero decís?..

CILLI. Sí, señor, el mismo.

REY. *(Será posible? Vayamos con calma.)* Continúad, caballero, habeis manifestado su nombre, solo falta conocer lo que intenta. Os escucho.

CILLI. *(Cáspita y que cambio! Me parece que el amante tiene ya lo que le hace falta.)* Señor, para ello necesito, si no disculpa, benevolencia de V. M. si hasta mí descendiendo tratándose de asunto tan grave; pero forzoso me es, si he de cumplir con vuestras órdenes. Antes que Romero fuese llevado á San Quintin, amaba yo á la hija del Almirante, aunque sin ser de ella correspondido. Lejos, sin embargo, de perder la esperanza, me propuse, á fuerza de continuo desvelo, llegar á conseguir su amor; pero en vano, porque algun tiempo despues el Capitan español llegó á ser su amante. Coligni, que me negára la mano de su hija, al saber los amores del prisionero, enérgico los reprobó tambien, cuidando evitar entre ellos hasta la mas pequeña comunicacion. Pero, cuál no sería mi sorpresa, cuando anoche mismo oí, que el Capitan Romero convenia con el Almirante en venir á vuestra presencia, con la promesa de que este le daría la mano de su hija, si alcanzaba de V. M. que se atacase á San Quintini? El tiene la creencia de que si tal sucede, destruirá el ejército español, y lo ha arriesgado todo por conseguirlo. Yo, Señor, habré hecho mal; iré demasiado lejos en mi venganza; pero no he podido ceder al deseo de destruir sus proyectos, asi como ellos han destruido mi felicidad.

REY. Y bien, caballero, dónde está la prueba de esas palabras? Para que yo no os crea un impostor, necesito que la deis clara, suficiente, de lo contrario, todo el rigor del castigo que merecería la traicion caerá implacable sobre vuestra cabeza.

CILLI. *(Aquí de mi audacia!)* Pues bien, Señor; Julian Romero no vaciló en exigir que su prometida le acompañase al campamento con un criado de su confianza, para estar tranquilo respecto al cumplimiento de la palabra dada por el padre.—Este aceptó tamaña exigencia, y estoy seguro que si V. M. dispone lo conveniente, tardarán muy poco en encontrar en el campo á la hija de Coligni, oculta bajo un traje de soldado.

REY. Basta, caballero, ahora solo exijo de vos que me deis vuestra formal palabra de permanecer en el campamento. Quiero que seais testigo de la expiacion, como lo habeis sido de la falta.—Valenzuela. (*llamando.*)

ESCENA III.

Dichos, VALENZUELA; á poco el DUQUE DE SABOYA.

VAL. (*que figurará salir de la tienda mas inmediata á la del rey.*) Señor?

REY. En el campamento, y tal vez cerca de la tienda que ocupe el Capitan Romero, se encuentran unas mujeres vistiendo el traje de soldado francés; sin que nadie se aperciba, es necesario prenderlas. Vé, y muy pronto quiero ser obedecido. (*vase Valenzuela.*)

CILLI. (*Sin saber por qué siento miedo á su lado.*)

REY. Caballero, podeis retiraros. Como antes dije, no os detengo de otro modo, que por vuestra palabra. Ya os llamaré.

CILLI. (*Y acudiré si conviene.*) Siempre estoy á las órdenes de V. M. (*vase.*)

REY. Id con Dios. (*al retirarse Cilli aparece por lá izquierda el Duque de Saboya.*)

DUQ. Señor, están cumplidos vuestros mandatos. Nada altera la tranquilidad del soldado, y la ciudad enemiga parece tambien entregada al descanso.

REY. Sí, pues vive Dios que antes de una hora le trocará por el estruendo del combate.—Sabeis, Duque lo que quiere decir esa tranquilidad?

DUQ. Señor!..

REY. Pues significa que nos tienen en poco, y desprecian el aparato de fuerza que ante ellos hemos desplegado.

DUQ. Oh! mienten si tal dicen, Señor. Por ventura han podido olvidar su reciente derrota? No sirven de trofeo en la tienda de nuestro Rey, las orgullosas banderas de su ejército, deshecho y roto?—Ah! no lo creais, Señor; el dia de San Lorenzo herimos á la Francia en el corazon, y la sangre que vierte desde entonces, tal vez ablanda ya los cimientos de su trono... Si V. M. habla así, para que se alce en nuestro pecho el entusiasmo...

REY. No, Duque Filiberto; para lanzar mi ejército á la pelea, no necesito mas que una palabra, y la sonora voz de los clarines.—Si tal suposicion lastimó vuestro orgullo, qué direis al oír que la traicion tiene su asiento entre nosotros, y que artera se dispone á descargar el golpe

DUQ. Señor, tal noticia, á ser ciera, me herirá, pero sin admirarme.

REY. Duque?

DUQ. Señor, la verdad, siempre miré con malos ojos al Conde de Pembruch, y á la gente que comanda.

REY. Y si os dijera, caballero, que en vez de hallarse el traidor entre mis aliados los ingleses, se encuentra entre vuestros españoles, y es uno de sus capitanes?

DUQ. A no decirlo V. M., lo desmentiria, Señor.

REY. Oh! pues es muy cierto, Duque. Yo tambien dudaba, pero hube de ceder á las pruebas, y estoy de ello convencido.—El almirante Coligni ha sabido explotar en el Capitan prisionero, una pasion liviana, facilitando, con la libertad que le dió, su entrada en el Consejo.

DUQ. De modo que...

REY. El opositor á vuestro pensamiento, obraba al hacerlo en pró del enemigo.

DUQ. Pero, su opinion no era atacar á San Quintin?

REY. Y qué, no comprendeis todavia la causa de mi furor? Una traicion que tiende á matar por la espalda, á nadie estraña; la historia de la humanidad las registra en sus páginas á cada paso; pero esta enrojece y humilla, porque en vez de paralizar con ella nuestro esfuerzo, su objeto era provocar el combate. Imbéciles, cuando no necesitaban para ello mas que aceptar el guante que ayer los arrojamos!—Creed, sin duda, aniquilarnos, y toda su ambicion se cifra en que haya lucha; pues bien, Duque Filiberto, es preciso no desairarlos; juro por mi corona, que ha de ser tal, que su memoria dure eternamente!—Ya sabeis cuál es mi voluntad; salid, y que todo se disponga de tal suerte, que antes de una hora pueda darse la señal de acometida. (*aparece Romero al foro.*)

DUQ. Muy bien, Señor.

REY. Por supuesto que será inútil que os recomiende la reserva?

DUQ. Puede descuidar V. M.

REY. Así lo creo. Haced que venga el Capitan Romero.

DUQ. Aquí llega, Señor. (*saluda y vase.*)

ESCENA IV.

EL REY, ROMERO.

ROM. Me llamaba V. M?..

REY. Si, caballero; deseo departir con vos acerca de ciertos pormenores, y para ello no quiero que nos molesten. Conoceis al gefe de mi guardia el Capitan Valenzuela?

ROM. Si, señor, hemos sido compañeros bastante tiempo.

REY. Pues, llegaos á aquel centinela, y que le prevenga en mi nombre, no deje acercar á nadie. Ademas, añadid que permanezca al frente de la guardia, y con ella penetre aquí á una voz mia. (*Romero se dirige al centinela.*) (Serenos es á fé... ó confia demasiado en el secreto de su traicion.) Cumplistes ya mi orden, Capitan?

ROM. Cual debia, y me fué dada, Señor. (Qué significará esto?)

REY. Muy bien. Ahora Capitan, quiero que continuemos la cuestion debatida antes en el consejo, empezando por deciros, y nadie lo sabe aun, que sigo en la idea de aceptar el pensamiento del Duque de Saboya. Si nuevas razones vuestras, especialmente acerca del estado de la ciudad, me lo hacen desecher de nuevo, habré evitado que sepan mi indecision actual.

ROM. Señor, agradezco á V. M. honra tan inmerecida.

REY. Dejemos eso hasta luego, Capitan. Las gracias para lo último. Al presente, disponeos á satisfacer ciertas preguntas, que aunque no lo parecen, son muy de la cuestion. (*Romero hace una reverencia.*) Dais vos importancia á los sueños?

ROM. Señor, no creo en adivinaciones ó nigromancias.

REY. Yo tampoco, caballero; pero ahora que estamos solos, os descubro esta debilidad. Siempre recuerdo el sueño de Faraon, de que nos hablan los sagrados libros, y cuando alguno me asalta, veo en ello algo mas que una casualidad, sin trascendencia. De uno muy reciente quiero que seais mi José, Capitan; á ver si como él, acertais á traducirle. (*movimiento en Romero.*) Oid: (*con tono severo.*) Soñé, que á poco de hallarme recogido en la tienda, y á alta hora de la noche, una mano invisible agitaba mi

cuerpo con brusca presion. Hizome despertar, y sin darme de ello cuenta, me senti empujado hacia la salida. Esta se franqueo, y me encontré en el campo. La luna brillaba límpida, bañando con su pálido reflejo el dormido campamento. Solo, y siempre á merced de aquel poder oculto, comencé á andar, y allá muy cerca de la ciudad, me senti detenido junto á una de las últimas tiendas, ocupadas en toda aquella parte por los tercios castellanos. Dentro de ella, paseándose agitado y trémulo, se hallaba uno de mis capitanes. De pronto ví que del interior de la ciudad, y elevándose por los aires, se adelantaba sin ruido una especie de hada de enlutado traje. En su diestra esgrimia agudo puñal, y los rayos de la luna, al quebrarse en el ancho acero, semejaban el trético resplandor de una antorcha funeraria. Así que hubo descendido, el Capitan español se prosternó á sus pies, murmuró no sé qué palabras de amor, y empuñando el arma que ella le ofrecia, lívido el rostro, y torva la mirada, lanzóse al interior de la tienda mas próxima; un instante despues volvió á aparecer. El puñal destilaba sangre! La vision que armára su brazo, seguía como una sombra! Yo, permanecia inmóvil! Así continuó recorriendo el campamento, y así fué aumentando cada vez la sangre que escurria del acero que iba despues á confundirse con la que brotaba bajo el lienzo de las tiendas. Cuando hubo terminado, arrojó el puñal, echóse en brazos de la vision, y juntos se alzaron en los aires, con rumbo á la ciudad. El sueño ha concluido; capitan Romero, interpretadle.

ROM. Señor, si quereis que os diga la verdad, tal como la siento, solo he creido advertir en el relato de V. M. un enojo que no comprendo.

REY. El sueño, nada os dice?

ROM. Nada, señor. (con entereza.)

REY. Pues bien, Caballero; ya que es preciso anonadarnos de una vez, escuchad la aplicacion de la parábola. El aéreo fantasma que se elevó desde la ciudad, era la hija del Almirante Coligni. Vos el Capitan que aguardaba impaciente, y el puñal que sostenia su diestra, la traicion con que os brindó su amor, y que aceptásteis, villano!

ROM. Oh!! que sois el Rey!!

REY. Y qué, pensais que lo he olvidado, porque pronunció el nombre que mejor os cuadra?

ROM. Olvidarle es afrentar el honor de un caballero á quien desarma la magestad de la corona, manchar con un insulto el armiño de su honra, mas limpio, mucho mas noble y valioso que el guerrero blason que alcanzó con sus proezas. Vuestro padre, que supo alzar en su córte calabozos para reyes, que hizo enmudecer á la ciudad santa é inclinarse al mundo ante su imperio, no osó jamás combatir de frente los fueros de su reino, ni menospreciar con insultos la proverbial hidalguía de sus vasallos. En ellos, como en mí, podrá caber el delito; pero nunca la bajeza. Rey Felipe, árbitro os reconozco de mi vida, no sois quien para manchar mi honra!! (pausa.)

REY. Caballero, dad gracias á que ningun oido extraño escuchó vuestras arrogantes palabras, y á que os ampara mi deseo de patentizar la traicion antes de aplicar el castigo. El rey, sin olvidar vuestro lenguaje descomedido, va á interrogaros... Despues el cielo sabe lo que será de vos. (pausa.) Capitan, jurais decir verdad en cuanto os pregunte?

ROM. Inútil es que á eso conteste, Señor; no de otro

modo acostumbra á proceder mi hidalguía.

REY. Y quién lo garantiza, caballero?

ROM. Mi nobleza, Rey Felipe; mi honor sin tacha, y el indomable esfuerzo de mi alma.

REY. Y puede creeros quien mira en vos á un traidor á su pátria?

ROM. Es que miente quien tal diga. Oh! Señor, por última vez os lo suplico, no impune asesineis mi honra; si no quereis revelarme esa calumnia que pesa sobre mí, mandad que me den muerte, porque os lo juro, no puedo mataros, y antes que oir de nuevo tan injuriosas frases, hundiré esta daga en mi corazon. Ahora haced lo que gustéis; Dios castigará al culpable. (desenvaina la daga.)

REY. Basta. Envainad ese acero. (pausa.) Valenzuela? (llamando.) Llamadlo. (á Romero.)

ROM. (junto á la tienda de Valenzuela.) El Rey os necesita, Capitan, (vuelve al proscenio.)

VAL. Señor?

REY. Y mis órdenes?

VAL. Están cumplidas. (pausa.)

REY. Idos. (vase Valenzuela.) Escuchad, Caballero, si la honradez y esfuerzo de que tanto blasonais no son en vos indigno fingimiento, hallareis en mí recta justicia, y el mas cumplido desagravio. El Rey, Capitan, que lo domina todo, hasta á si mismo, ha estado con vos á punto de echarse en brazos de la crueldad.—Si ha podido escucharos, dad gracias á su conciencia, que no castigará jamás sin merecimientos! Oid pues; amais pues, á la hija del Almirante Coligni?

ROM. Si señor. (pausa.)

REY. Y esos amores han sido causa de vuestra libertad?

ROM. De ningun modo, Señor. Su padre los ignora.

REY. Luego esa alianza...

ROM. Mientras viva, no podrá efectuarse; jamás consentirá en ella.

REY. Y entonces, cómo os dió libertad, y sobre todo, cómo su hija pudo seguiros al campamento?

ROM. Seguirme, señor?...

REY. Supongo que no os atreveréis á negarlo, cuando el rey lo asegura.

ROM. Por Dios, Señor! No me hagais creer que estoy siendo víctima de un delirio... V. M. asegura que Isabel de Coligni puede olvidarse hasta ese punto de sí misma?

REY. Caballero, se encuentra en mi poder, dudadlo ahora.

ROM. Oh! Cielos!.. (abatido.)

REY. Esa misma razon que habeis invocado para que dude, es de gran peso, pero en contra vuestra. Preciso es que exista una causa tan poderosa como la defensa de la pátria, para que un padre haga el sacrificio de su hija. Comprásteis la suya al Almirante, y no ha debido ser sino á gran precio. Capitan, que le habeis ofrecido en cambio?

ROM. Oh!...

REY. Ahora parece que os anonadan mis revelaciones? No me creeríais tan bien enterado, y para deslumbrarme, era forzoso invocar nobleza é hidalguía!...

ROM. Callad, señor; callad, os lo suplico. (ligera pausa.) Conque... ahora lo comprendo... Yo traidor!... Cree el Rey que yo, que un español iba á entregar su patria en cambio de la posesion de una mujer? Y lo creísteis vos! Oh! (ademan como de abalanzarse al Rey.) Perdonad, Señor, he visto, así ante mis ojos, una nube de fuego, y creí volverme

loco... Pero ya estoy tranquilo. (*dominándose violentamente.*) Ahora, escuche un momento V. M. (*exaltándose gradualmente.*) El Almirante Coligni, me otorgaba la libertad á trueque de daros en su nombre el vergonzoso consejo, de que alzáis el asedio, invocando para ello la insuficiencia de vuestro ejército; yo la rechacé con semejantes condiciones, haciéndole ver, que si me la daba, seria para obrar en sentido contrario. Con el fin de destruir una calumnia, cuyo objeto y procedencia ignoro, tan solo me resta deciros: Señor, como á mí propio, tal vez mas, adoro á Isabel de Coligni, y sin embargo, la patria, el honor de soldado, están muy por delante. Si aun me juzgais traidor, venga la muerte de manos del verdugo; pero si por dicha creéis en mi inocencia, si la leéis en mi semblante, en mi voz... Señor, os lo suplico, asalte mos la ciudad, confiadme el sitio mas peligroso, el mas difícil; con solo un puñado de hombres ofrezco tremolar el primero sobre la muralla el pendon castellano, ó morir en la demanda!

REY. (*pausa.*) Capitan Romero. Voy á ordenar la acometida. Desde este instante sois el gefe de mi guardia; es una compañía de valientes, que llenará vuestros deseos. Al primer toque de clarin estarán con vos frente á esos muros, que defienden el arrabal de la ciudad. La señal de la pelea será un cañonazo; al oírle, os lanzareis al asalto, y que Dios sea con nosotros.

ROM. Muy bien, Señor. (*inclinándose.*)

REY. No olvidéis, para vuestra tranquilidad, que la hija del Almirante se halla bajo la salvaguardia del rey. (*Romero hace una reverencia.*) A Dios, y hasta el combate.

ROM. Señor, hasta la victoria! (*vase el Rey.*)

ESCENA VI.

ROMERO, poco despues DIAZ.

ROM. (*Pausa.*) Isabel en el campamento! Oh! Dios mio, esta duda me destroza, me anonada!.. Y se encuentra en poder del rey!.. Cielos!.. Su padre habrá podido tal vez poner en planta tan inicuo proyecto? Esa bochornosa venta?... Oh!.. no, no puedo creerlo; mi alma se resiste á concebir tamaña perfidia!..

DIAZ. Gracias á Dios que os veo, Señor.

ROM. Qué es eso?

DIAZ. De particular nada; pero, mal arcabuzazo me den, si no sentia ya por veros cierta comezon. Como yo os conozco hace muchos años, segun la cara que teniais cuando os acercásteis allí á buscar al capitan Valenzuela, comprendí que vuestros asuntos con el rey no iban de lo mejor.

ROM. Bien, déjame.

DIAZ. Con licencia, señor, quisiera antes deciros cierta cosa para vuestro gobierno.

ROM. Corriente, pero despacha pronto, ya te oigo.

DIAZ. Pues antes de la entrevista que habeis tenido con el rey, estuvo departiendo con él cierto tunante, que mal arcabuzazo saque mi ánima del cuerpo, sino fué causa del disgusto que acabais de pasar.

ROM. Quién era?

DIAZ. El amo de ese Saleña á quien el diablo confunda.

ROM. Cilli?

DIAZ. El mismo. Calla, en nombrando al ruin de Roma...

ROM. Ah! vete. (*á Diaz.*)

DIAZ. Qué cara! Mal arcabuzazo me santigüe, si querria hallarme ahora en el pellejo del francés. (*vase.*)

ESCENA VII.

ROMERO, CILLI.

ROM. Caballero, dentro de breves instantes vá á empezar el ataque contra San Quintin, y mi asistencia en él es indispensable; mas, como necesito tener con vos ciertas esplicaciones, espero me deis cita para esta noche, en el sitio que mejor os cuadre.

CILLI. Ahora, no es mejor Capitan?

ROM. Sí, vive el cielo, pero acabo de deciros, que en este momento no me pertenezco. Si Dios no me llama á sí, cuando mi patria no necesite de mi esfuerzo, acudiré á vos, y creedme, no me haré esperar!

CILLI. Aplaudo tan noble decision, y os doy la enhorabuena por vuestra prudencia. (*en tono irónico.*)

ROM. Oh! caballero, qué quiere decir esa ironía? Por ventura creéis que no hemos de entendernos?

CILLI. Es que lo deseo con ánsia, Capitan. (*sale Valenzuela y se adelanta sin ser visto.*)

ROM. Vos? Señalad, señalad la hora y el sitio, y retiraos, os lo aconsejo.

CILLI. Pues bien, en cuanto empiece á alumbrar la luna el campo de San Quintin, os aguardo en las orillas del río, por el camino de Amberes.

ROM. No faltaré. (*Romero se vuelve con direccion á las tiendas. Cilli se detiene un momento, tira de la daga y se precipita sobre Romero, segun lo marca el diálogo, cuando detiene su brazo Valenzuela.*)

CILLI. Pues creo que no vas.

VAL. Miserable!!.. (*sujetándole.*)

ROM. (*volviéndose vivamente.*) Tambien asesino, traidor? Valenzuela, soltadle. Vas á morir, ya que lo has querido. Podia matarte como á un perro, pero no lo hago; cruza tu espada con la mia, (*la desenvaina.*) y será el único honor que tuviste en vida.

CILLI. (*desenvainando.*) Oh! te mataré. (*riñen.*)

ROM. Tú? cobarde! toma... (*Romero le hace retroceder por entre las tiendas de la izquierda, de modo que solo su figura queda á la vista del público.*)

CILLI. Ah! muerto soy. (*cayendo.*)

ROM. Dios te perdone... Valenzuela, os debo la vida; gracias. (*se estrechan las manos.*)

VAL. Hice mi deber, Capitan, y voy á completarle. Yo fui quien detuve á vuestra amada. Aun cuando arrostre un compromiso, Romero, deseais su libertad?

ROM. Oh! Valenzuela, mas que la vida! Si efectivamente estais decidido á ello, sabed que á toda costa desearia volviere junto á su padre. Estoy encargado, como sabeis, de atacar por aquí. Cuando el muro sea mio, vendrá con vos?

VAL. Os lo juro. (*suena el clarin y penetran los guerreros del capitan Romero.*)

ROM. Oh! gracias, hermano mio, la señal del combate... A Dios.

VAL. A Dios, y fiad en mi palabra... Que sea vuestro el arrabal.

ROM. Lo será. (*vase Valenzuela.*)

(*Se alza el telon de foro, que representará en panorama la ciudad de S. Quintin, y queda á la vista en último término, la muralla de la misma coronada de franceses. Romero congrega á los soldados. Dentro se oyen los clarines y cajas de guerra llamando al asalto.*)

ROM. A mí, soldados! La guerrera trompa

nos dice ya que nuestro rey espera,
y que el rico joyel de la honra hispana
á nuestro esfuerzo confiado deja.

Allí, tras aquel muro, el enemigo
apréstase orgulloso á la pelea,
pensando, necio, que murallas bastan
á contener nuestra increíble fuerza.

El honor y la prez del vencimiento
nos aguardan allí! La gala enseña
á girones caerá, cual tantas veces,
bajo las garras del leon de Iberia.

Sús, compañeros! Nuestro rey nos mira,
y el ronco son de los clarines suena.

A morir ó vencer, y viva España!

Todos. A morir ó vencer!

ROM. A la pelea!!

(Mientras la relacion de Romero, varios soldados abaten la
tiendas, y terminada se lanzan todos al asalto de la muralla
que aparecerá coronada de franceses. Por diferentes puntos
treparán aquellos por las escalas, simulando el combate en
toda la linea.) Cae el telon lentamente.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III.

Salon al gusto de la época, en el palacio del Almirante. La
entrada del foro será determinada en arcos. A la derecha del
espectador una puerta que figurará ser la de la habitacion de
Isabel de Coligni. A la izquierda, ventana gótica y puerta
secreta.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL y MARIA, sin disfraz.

MAR. (á la ventana.) Animo, señora; ya cesa el fuego;
sin duda el enemigo desiste de su intento.

ISAB. Dios lo quiera, María. Cuántos horrores; cuán-
ta sangre derramada!...

MAR. Ay! Pero demos gracias al cielo, que bien pa-
tente ha sido su proteccion para nosotras.

ISAB. Oh, es verdad; si mi padre hubiese sabido...

Ni siquiera me atrevo á pensarlo. Quién le habria
hecho creer la perfidia de que fuimos víctimas?
Cuán verdad es que el sufrimiento penetra sin me-
dida en los corazones!... Cómo figurarme hallaria
fuerzas para soportar tan continuados golpes! Tan
solo la esperanza pudo sostener mi espíritu!... Pe-
ro, si cesó peligro tan inminente, otro que no lo es
menos, llena ahora de sobresalto á mi alma. Qué
será de mi padre? Si esa lucha, tan larga y tan san-
grienta, vendrá á anunciar otra desgracia mayor?..

MAR. Eh, no penseis tal, señora; las malas nuevas lle-
gan pronto; además, no es cosa de afligiros con peli-
gros imaginados. Ya que estamos en salvo, y que,
segun las trazas, los soldados de vuestro padre han
rechazado al enemigo, quiero daros cuenta de una
cosa, que sin duda no advertisteis antes, y que me
admira no poco. Os acordareis que cuando atrave-
samos el campamento en pos de nuestro silencioso
libertador, tuvimos la fortuna de no encontrar á
nadie, y llegamos hasta el muro sin el menor
tropiezo? Pues bien; así que, con la ayuda de las es-
calas nos vimos arriba, mas que ver á los españo-
les dueños del arrabal, me sorprendió el que á
nuestra llegada marchase delante aquel peloton de
soldados, abriéndonos camino. De quién podria par-
tir tal prevision en aquellas circunstancias?

ISAB. No lo sé, María; como tú, he querido explicar-
me tan estraños sucesos, pero en vano. A tratarse

de un nuevo infortunio, el nombre de Cilli hubiera
sido el primero en que me fijára, que para sus de-
seos de venganza era poco el infame lazo que supo
tendernos. En cuanto á Julian, ni sospechar podia
nuestra permanencia á su lado.

MAR. De ningun modo. Sabeis lo que yo creo, y cada
vez me afirmo mas en ello? Qué el Rey, en cuyo
nombre nos prendieron, se apiadó sin duda de nues-
tra desgracia y... (se oyen descargas á menor dis-
tancia que al principio.)

ISAB. Dios mio!

MAR. (acercándose á la ventana.) Es dentro de la ciu-
dad!.. Ay! Señora, en confuso tropel se dirijen
por este lado! Virgen santa, son los nuestros!...

ISAB. Qué dices?

MAR. Si, huyen en todas direcciones, tirando las
armas!

ISAB. Oh! Corramos en busca de mi padre. Tal vez
necesita de mí...

MAR. Esperad, Señora. (se dirigen al foro y aparece el
Almirante con la espada desnuda, sin casco, y ad-
virtiéndose en todo su trage el desorden, consecuen-
cia del combate.)

ESCENA II.

Dichos, el ALMIRANTE; poco despues un CAPITAN.

ISAB. Padre del alma!

ALM. Mientes, no es mio tal baldon! Aparta, tu sitio
no es este, tu vista me indigna!

ISAB. Oh! padre! doleos de mi afliccion; no prosigais,
mirad que esas palabras no las merece vuestra
hija!

ALM. Aparta! Ese dolor es verguenza, y las lágrimas
que viertes, el principio de un remordimiento que
te seguirá hasta la tumba... Seca ese llanto, y
entrégate á la alegría; mis enemigos, los que te
echarán en brazos de tu amante, son ya vencedo-
res; prepara tus galas, y sal á su encuentro. Qué
puede importarte que la dicha que ansías se levante
sobre mi ruina?

ISAB. Padre!!

ALM. En mi deshonor has buscado tu felicidad; pues
bien, vé, no te detengas; sabe únicamente que,
con mi eterna despedida, llevas la maldicion de tu
padre!

ISAB. Ah!!... (oculta el rostro entre sus manos.)

CAP. Salvaos, señor; el enemigo invade ya las calles,
y se dirige al palacio; no perdais tiempo.

ALM. Bien, y mi guardia, caballero?

CAP. Aun permanece fiel á vuestras órdenes.

ALM. Oh! entonces, ya que no pueda vencer, sucum-
biré con gloria! Capitan, la Francia nos mira, va-
mos á abrir nuestras tumbas con la punta de los
aceros. (Isabel se dirige á su padre y él la rechaza
con enérgico ademan. Vase seguido del Capitan.)

ISAB. (Pequeña pausa.) Oh! Dios mio, por qué tanta
desventura no acaba con mi vida? Si tales sufri-
mientos no han de tener término, si mi padre ha
de continuar tan despiadado, oid, Señor, mi fer-
viente anhelo; dulce, deseada será la muerte, si
con ella han de cesar mis infortunios. (pausa.) Fal-
sas creyó mis lágrimas, fingido el dolor de mi al-
ma? Y la palabra «maldicion» salió de sus labios!
Oh, no puede ser, es imposible! Su estado actual
ha podido dictársela únicamente... Quiero, nece-
sito creerlo así!.. Y tal vez peligra su vida! Dic-
que el enemigo ha sido vencedor... Ah! y qué ha-
go yo que no corro á su lado.

ESCENA III.

ISABEL, ROMERO.

- ISAB. (*volviéndose al oír los pasos de Romero.*) Ah! Julian, tu aquí?
- ROM. Sí, por qué lo estrañas? Un deber cumplo en ello, y mi corazon lo acoje con júbilo, Isabel. San Quintín es ya de los españoles, y el soldado cede su puesto al amante. Verdad es que cierto recuerdo le siguió tenaz hasta en el fragor del combate; pero no lo es menos, que en el instante de ver en peligro á tu padre, tan solo he pensado en salvarle.
- ISAB. Oh! Dios mio, en este momento ha salido de aquí, ébrio de furor, diciendo que iba á morir en la lucha contra sus victoriosos enemigos. Julian, por lo que mas ames, por mí, por nuestro cariño, sálvale!..
- ROM. Tranquilízate, Isabel; dentro de muy poco hará el rey su entradn en la Ciudad, y entonces nada tendrán que temer los vencidos; mientras tanto, he dado mis disposiciones, y respondo de su vida.
- ISAB. Oh! gracias, Julian!..
- ROM. Pero, antes de marchar en su busca, antes de prestarle mi leal apoyo, necesito una esplicacion de tus labios; deseo, no te ofendas, conocer el móvil que ayer te guió para dar un paso que tanto comprometia tu buen nombre.
- ISAB. Julian, no prosigas, si como dices, no quieres ofenderme. Qué otra cosa que mi confianza en tu amor, pudo en mal hora aconsejarme que cediese á malvadas sugerencias? Cuando sola y triste sentia morir dentro del corazon mis esperanzas de felicidad, un agente del infame Cilli, á quien yo creí de buena fé soldado tuyo, me escitó á que le siguiese en tu nombre. Yo, Julian, no dudé. Te juzgaba abatido, desesperado, y con toda mi alma volé á tu encuentro. Cómo aumentar tu amargura, negándote el placer de que, uno y otro, encerrásemos en el último á Dios el juramento de eterna constancia?
- ROM. Oh! Isabel, eres el ángel de mis ensueños! Si una duda asaltó mi mente, hija fué tan solo del peligro en que se vió tu candor. Pero, continua... Aquel infame tal vez usaría de la violencia?
- ISAB. No al principio. María y yo, alentadas con las seguridades que nos diera, marchábamos tras él á buen paso. Así atravesamos el arrabal sin tropiezo alguno; pero una vez en el portillo, y cuando este se cerró tras nosotras, comencé á presentir, estremecida, la triste realidad. Al verme de noche, en medio del campo, sin mas apoyo que el de María, que temblaba á mi lado, lejos ya de San Quintín, y frente á vuestro campamento, cuyos mil ruidos llegaban hasta nosotras como el eco espírate de tristísimos quejidos, senti miedo, Julian, y traté de volver atrás, afectando una serenidad que no tenia. Entonces, el fingido soldado, puñal en mano, y amenazándonos con la muerte, nos condujo hasta vuestras mismas avanzadas. Esto es cuanto pasó, Julian; despues, tus palabras me hacen presumir que á tí debo nuestra salvacion, no es cierto?
- ROM. Sí, amada mía.
- ISAB. Ay! un enemigo por demás terrible conspira contra nuestra felicidad! El enojo con que me acaba de tratar mi padre, tal vez consista en la desfigurada narracion que de su misma obra le habrá hecho Cilli.

ROM. Quién, él? No, Isabel, descansa tranquila, nada pudo decir á tu padre...

ISAB. Oh! no sabes de cuánto es capaz!

ROM. Yo te lo aseguro; Cilli ha muerto.

ISAB. Ha muerto.

ROM. Sí. Creo, Dios me perdone, que por mi mano le castigó la Providencia! (*Coligni, que momentos antes aparece al foro, llega sin ser visto, junto á Isabel y Romero, al decir este las últimas palabras.*)

ESCENA IV.

Dichos, el ALMIRANTE, y despues, segun marca el diálogo, soldados de su guardia.

ALM. Aun no os conocia yo como asesino.

ISAB. Ah!...

ROM. Asesino?!..

ALM. Señora, retiraos.

ISAB. Padre! (*tono suplicante.*)

ALM. Id. (*con resolucion. Vase Isabel. Pequeña pausa.*) Caballero, aunque en el caso de aprovechar hasta los instantes, decidido como me hallo á morir antes que rendirme, quiero, sin embargo, departir con vos un corto espacio.

ROM. Entonces, empezad por darme esplicaciones acerca del calumnioso insulto que me habeis dirigido, y que yo rechazo con la indignacion que merece.

ALM. A eso voy, caballero. Ni jamás olvido ni me retracto. Como en la ciudad hay muchos que os conocen, no faltó quien me dijera, que el antiguo prisionero, vencedor hoy, acababa de penetrar en mi casa.—Al punto comprendí que le guiaria la ley de las represalias, y he venido á no consentirlas, Capitan, á ejercer el mando por última vez, en vos, á evitar en fin el pillaje, viniendo de esas manos.

ROM. Vive el cielo, señor Almirante, que bien sabido teneis el que no he de poder contestar esas palabras como se merecen; en cambio, importa á mi deber deciros, creedlo ó no, que mi intencion al fijar la planta en este sitio, era la de proteger vuestros intereses y salvar vuestra vida...—Ved en que consistian mis represalias, señor Almirante.

ALM. Y no os figurábais, caballero, si tal fué vuestro ánimo, que de vos no podia yo consentir nunca ni el menor asomo de servicio?—Creeis que puede aceptarse la salvacion, de quien solo se recibe deshonra?

ROM. Oh! basta de insultos, que el fuego de la men-gua enrojece ya mi rostro! Almirante, aun subiendo vuestra hija las gradas de un trono, sabed, vive Dios, que aparte del necio orgullo que os sustenta, no habia de encontrar mas honra ni nobleza, que dándola yo mi nombre. Hinchado magnate, á cuya soberbia loca sacrificas las mas santas afecciones, sabe que este guerrero español, aliándose á tu nombre, lograria con el brillo de sus hechos, ocultar el vergonzoso borron que cayó hoy en tu historia de soldado.

ALM. Quién? El cínico aventurero que ensayando sus malas artes, supo infiltrar el amor en el inocente corazon de una niña, para que con menosprecio de todos los deberes, le siguiese hasta el campamento? El que sin conciencia supo á traicion asesinar al noble caballero, que ocultándose tamaña desgracia, volára á salvar la obcecada doncella?

ROM. Oh, qué profiere vuestro labio, de qué grosera calumnia os estais haciendo eco? Yo asesino del in-

fame á quien maté lealmente, y cara á cara, castigando así la misma villanía que me atribuis ligero y desatentado?—Almirante, si la indignación que ruge aquí dentro no lo estorbára, el mejor castigo á vuestros insultos, sería lanzaros al rostro una carajada de sarcástico desprecio!

ALM. Oh! pues si de castigos se trata, el mio vá á ser muy distinto. Ahora vereis. Ah! de mi guardia!

ROM. Almirante, pensad lo que vais á hacer... que, si por desgracia me olvido de quien sois...

ALM. Qué, os atreveréis por fin á medir vuestro acero con el mio? (*con furiosa alegría.*)

ROM. Atreverme?!... No, Coligni; no le mediré.

ALM. A pesar de todo, ah! sois un cobarde! (*penetra la guardia.*)

ROM. Almirante! (*conteniéndose.*)

ALM. Si en vuestro pecho se esconde el valor, echad al aire ese acero.

ROM. Coligni, con vos no he de lidiar; pero, vive el cielo, que de esos el que adelante un paso, encontrará la muerte. (*saca la espada.*)

ALM. Oh! pues entonces, á no morir como un perro, peleareis mal que os pese.

ROM. (Qué hacer, Dios mio!..)

ALM. (*sacando la espada.*) Soldados, á él. (*le acometen.*) No tocarle; su cabeza responderá de la suerte de los nuestros. Riñe, aunque no quieras!

ROM. (Oh, todo por ella.) (*tirando la espada por la ventana.*) Almirante, sé mi verdugo. (*se cruza de brazos.*)

ALM. Aun nó. (*dirigiéndose á los soldados.*) Señores, ya es nuestro prisionero.—Ahora escuchad un momento, mis fieles soldados. El que no quiera seguirme, el que no esté decidido como yo á luchar hasta el fin contra los enemigos de la patria, libre es desde este instante; que lo diga y se retire. (*pequeña pausa.*) No hay ninguno?

TODOS. No, no!

ALM. Bien. Entonces por aquí hay una salida secreta que conduce á un extremo de la ciudad, reuniremos á los dispersos, y con ellos en busca del enemigo. Seguidme todos.—Capitan, marchad el primero. (*con ironía.*)

ROM. Os seguiré, Almirante. (*Coligni desaparece por la puerta secreta, despues Romero y los soldados franceses.*)

ESCENA V.

Queda la escena sola un momento. ISABEL.

ISAB. (*saliendo por la izquierda.*) Ya marcharon! Ni fuerzas tuve para escucharlos. Dios mio! si Julian habrá logrado convencerle? Oh! tal vez, su marcha me lo está demostrando. Si así fuera, quizá mi padre no haya tenido escrúpulo en deberle la salvación, y Julian, aun á costa de su vida, le habrá guiado á lugar seguro.—Cuán grande es su amor, y cuánta su nobleza y bizarría! (*suenan nuevas descargas.*) Dios mio, qué día! Cuándo cesará tan encarnizada lucha? (*se oye ruido de pasos.*) Oh, qué es eso? Alguien se apróxima. Serán ellos?

ESCENA VI.

DIAZ y Soldados españoles; poco despues VALENZUELA.

ISAB. Qué quereis, á quien buskais? (*con acento trémulo.*)

DIAZ. Señora, no hay que asustarse, soy yo.

ISAB. Ah! Diaz, te manda el Capitan? Le has visto dónde se encuentra?

DIAZ. De eso se trata, Señora, de verle! Hace ya buena pasada, en cuanto fué nuestra la ciudad, que adelantándonos á todos, hasta á los mas listos, llegamos aquí. El es verdad que al entrarse me encargó que le esperáramos abajo; pero yo voy conociendo un poco á las gentes de esta tierra, y mal arcabuzazo dé conmigo en el quinto infierno, si no me vá dando la tardanza muy mala espina.

ISAB. Siendo así, tranquilízate; el Capitan salió con mi padre ha muy poco.

DIAZ. Señora!..

ISAB. Qué, lo dudas?

DIAZ. Muy cierto. De la puerta no nos separamos, y á nadié hemos visto salir.

ISAB. Entonces...

DIAZ. Entonces hay algo como yo presumia; pero, vive Dios, que si á traicion dañan á mi Capitan, aunque sea en lo negro de la ropilla, mal arcabuzazo me voltejee, si no hago en San Quintin una de mi tierra! Conque, Señora, sintiéndolo mucho, estoy en el caso de registrar toda la casa; por lo tanto esperamos su permiso y...

ISAB. Diaz, te aseguro que no se halla aquí.

DIAZ. Oh! y entonces, dónde? Quién me dirá su paradero?...

VAL. (*entrando precipitadamente y sin ver á Isabel.*) Venganza, Diaz; el Almirante ha hecho asesinar á Romero!...

DIAZ. Rayos del cielo!!!

ISAB. Ah!!! (*Se apoya en la mesa vacilante. Estudio de la actriz.*)

SOLDADOS. Que muera! (*sacando las espadas. Pausa.*)

Diaz permanece como anonadado durante el primer momento; Isabel dirigiéndose á Diaz y Valenzuela, y viniendo á quedar en medio de los dos: sus miradas y movimientos indicarán un ligero extravío de su juicio.)

ISAB. Que muera, quién? Mi padre?... Y pensais que yo no he de defenderle?... Oh! miserables, qué os ha hecho? Porque es valiente? No... (*como recordando*) no es por eso. Habeis tomado la ciudad, le habeis vencido, y semejante saña... Ah!... ya me acuerdo, si, si, casi teneis razon!... Oh! Dios me perdone... Pero dí, (*á Valenzuela.*) has sido tú quien ha dicho?... No, mientes, Julian no ha muerto... Y mi mismo padre!... (*Se adelanta á la derecha del proscenio*) Oh! eso es una pesadilla horrible, que me destroza, que me desgarrá el alma!... Dios mio, no puedo mas!!! (*cae en el sitio colocado junto á la mesa.*)

DIAZ. (*con acento reconcentrado.*) Compañeros, ve venganza; si ha muerto el Capitan, sembremos llanto y luto en esta ciudad de traidores!

SOLDADOS. Corramos! (*sacando las espadas.*)

DIAZ. Sí, ya que en esta tierra se ha de alzar su tumba, juremos esterminar esos verdugos; juremos tornar á San Quintin en horrible cementerio!.. Seguidme! (*Vas Diaz seguido de los soldados.*)

ESCENA VII.

ISABEL, poco despues MARIA.

ISAB. (*volviendo poco á poco de su desmayo.*) Oh! Dios mio, estoy sola, y antes... Ah! ya me acuerdo. (*con espanto.*) Aquí estaba Diaz con sus bravos compañeros... me pedia le dijese dónde estaba su señor... Despues, llegó hasta aquí uno gritando. Venganza!... y, (*vé á Maria que la observa desde el principio del monólogo y se adelanta á su encuentro.*) Maria, han muerto á Julian!!! (*se echa*

en sus brazos.) (Se oye ruido de pasos y á lo lejos una marcha triunfal.)

MAR. Ah! Dios mio, gente llega; venid, Señora! (*se entra en la habitacion de Isabel.) (Voz dentro.)* San Quintín por España! Viva el rey Felipe!

TODOS. Viva!!

ESCENA VIII.

EL REY, EL DUQUE DE SABOYA; Caballeros y acompañamiento; poco despues DIAZ.

REY. Duque Filiberto, ya que las continuas bondades de la Providencia nos otorgaron un nuevo vencimiento, hora es de que el valor y arrojo cedan su lugar á la templanza y el perdon.— Recorred la ciudad al frente de vuestros caballos, y allí donde se cometan desmanes, castigadlos enérgico. Que se respeten las casas del señor, y tanto á sus indefensos moradores, como á los vencidos, dad en mi nombre todo género de seguridades.

DUQ. Está bien, Señor. (*inclinándose.*)

REY. Escuchad aun. El Almirante, que sin duda no habrá podido huir, haced que le conduzcan á mi presencia. (*Al marchar el Duque de Saboya, Diaz aparece al foro. Los Soldados tratan de detenerle.*)

DIAZ. Dejadme, quiero ver al Rey! Todo Soldado tiene esa derecho!

REY. Despejad. (*abren paso.*) Acércate!

DIAZ. Señor! (*adelantándose y doblando una rodilla.*)

REY. Levanta. Has dicho, y con verdad, que todo soldado tiene derecho para hablar á su rey. Comienza pues.

DIAZ. Antes, Señor, perdone V. M. si mi ruda voz se atreve á alzarse; pero traigo una pretension...

REY. Tú la crees justa?

DIAZ. Créola, Señor; descansa en una ley, hecha, no sé por quien, pero confirmada por vuestro padre.

REY. Dí pues.

DIAZ. Señor, no ganó el premio de diez mil ducados, el que en plena guerra se apodera del general enemigo?

REY. Sí.

DIAZ. Pues, me pertenecen. Acabo de hacer prisionero al Almirante de Francia!

REY. Entonces, son tuyos. El rey te garantiza la entrega.

DIAZ. Es que yo, no los quiero.

REY. Cómo?

DIAZ. Señor, la verdad. En vez de ese dinero, quisiera otra cosa; quisiera el castigo, pronto, terrible, de un asesino!

REY. Continua.

DIAZ. Señor, el valiente entre todos, el caballero entre los mejores, el capitán Romero, ha sido muerto á traicion, despues de haber salido con bien del asalto.

REY. Romero decis?... Oh! le tendrá, soldado, yo te lo fio...

DIAZ. Pero, de muerte?

REY. Sí, le vengaré.

DIAZ. Oh! gracias, señor, (*arrodillándose.*) ya estoy bien pagado. Ahora voy á traerle á vuestra presencia. (*Desaparece un momento y vuelve trayendo al Almirante entre los soldados.*)

ESCENA IX.

Dichos, el ALMIRANTE, despues VALENZUELA.

REY. El Almirante!

DIAZ. El asesino del capitán Romero! (*señalándole.*)

ALM. Mientes!

REY. Estais ante el Rey, caballero! (*con dignidad.*)

ALM. Señor, perdonad; lancé tal mentis, porque así era de justicia.

REY. Pues se os acusa de haberle dado muerte!

ALM. No es cierto, señor; y tened en cuenta, que una mentira quemaria mis labios.—No queriendo sufrir el yugo de vencido, y teniéndole en mi poder, quise que me sirviera de rehenes en favor de los míos. Custodiándole iba con la gente de mi guardia, cuando avistamos una partida de los vuestros. Superiores en número, hubimos de ceder, y el Capitán se vió libre.—Despues, la suerte siempre contraria, acabó de rendirme, y aquí estoy dispuesto á arrostrar sus consecuencias!

VAL. (*adelantándose.*) Señor, el Capitán Romero, á quien por falsas voces se creyó muerto, acude á las órdenes de V. M.

REY. Oh! Dios sea loado! Que pase, Valenzuela!

ESCENA X.

Dichos, ROMERO y soldados españoles.

ROM. Señor! (*hincando una rodilla.*)

REY. Alzad, mi valiente Romero.—Temí por vos, y doy gracias al cielo por este momento. (*estrecha, su mano.*)

ROM. Señor, tanta bondad!

REY. El Rey os debe mucho, caballero; pero, creedme, no es mal pagador.

ROM. Entonces, si os pidiese ya una gracia, señor!

REY. Decidla, y será concedida, Capitan!

ROM. (*señalando á Valenzuela.*) Es el perdon para el salvador de Isabel de Coligni...

REY. Qué decis?

ALM. (Cielos!)

ROM. Le encargásteis su custodia, y creyó que en ninguna parte la hallaria mejor, que al lado de su padre.

REY. Hoy es dia de mercedes. Valenzuela, estais perdonado.—Vos, capitán, esperad un momento. (*se dirige al Almirante que habrá estado oculto á la vista de Romero.*) Almirante Gaspar de Coligni, el Rey acude á vos en demanda de una merced.

ALM. No me confundais, señor; soy vuestro prisionero, y solo me toca obedecer.

REY. No, caballero, oidme, que en esto nada tienen que ver los azares de la guerra.—Pido la mano de vuestra hija para el noble español, Marqués de la Romanía.

ALM. Y quién es, señor?

REY. El Capitán Romero!

ALM. Oh! y quereis que consienta en esa union, con el que trató de burlar á mi pobre hija, haciendo que hasta le siguiera al campamento?

REY. Qué decis, Almirante?

ALM. La verdad! Y á no ser por un caballero de los míos, que marchó en su busca, y á quien luego supo asesinar, por siempre lo habria ignorado. Un criado suyo, que logró volver á la ciudad, me refirió tal desgracia y tanta perfidia!

ROM. Señor! (*dirigiéndose al Rey.*)

REY. Esperad, caballero. (*dirigiéndose al Almirante.*) Ese francés que acabais de nombrar, con infernal astucia me hizo creer que habíais concedido la mano de vuestra hija al Capitán, con tal de que este lograra el que se atacara la ciudad. Haciéndoos justicia, caballero, quién en vista de todo creéis que

la conduciria al campamento? (*ligera pausa.*)

ALM. Y eso es cierto, Señor?

REY. El Rey os lo asegura, Almirante! (*pausa.*)

ALM. (*adelantándose á Romero.*) Capitan, perdonadme, os lo ruego; y, si me haceis la honra de aceptar la mano de mi hija, creedlo, mis deseos se verán colmados.

ROM. Oh! perdonaros yo, cuando me otorgais la mayor ventura! (*dirigiéndose al Rey.*) Y á vos, señor, qué podré decir que revele mi profunda gratitud!

REY. Nada, mi valiente Capitan, haceros feliz es serlo; ya veis si me encuentro pagado! Vos, Almirante, por el pronto sois mi prisionero; siempre mi amigo.—Ahora aquí os quedad, bajo la custodia de vuestro vencedor, mientras se le paga el rescate. (*Diaz hace una reverencia.*) Vosotros, señores, seguidme todos, marchemos á ofrecer nuestro últi-

mo triunfo al Dios de las victorias! (*suenan la música dentro y todos siguen al Rey. El telon cae lentamente.*)

FIN.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.—Madrid 16 de Enero de 1866. —
El Censor de teatros,

Narciso S. Serra.

PINTO:

IMPRESA DE G. ALHAMBRA, MONJAS, 8.

—
1866.

no trajo el libro de las historias (según la tradición) dentro y fuera según el Rey. El libro que tenía...

VIZ

Examinado este libro, no halló inconveniente en que se representara en el teatro... Madrid, 15 de Mayo de 1888.

Francisco S. Goya

PINTO:

Impreso en G. Almansa, Almansa, 2.

1888

la industria el comercio (según la tradición) dentro y fuera según el Rey. El libro que tenía... Madrid, 15 de Mayo de 1888.

Los cabezudos ó dos siglos des- pues, t. 1.	7	Los misterios de Paris, primera parte, t. 6 c.	6 14	No hay miel sin hiel, o. 3.	3 5	Un padre para mi amigo, t. 2.	2 4
La Calumnia, t. 5.	8 6	Idem segunda parte, t. 5 c.	8 16	No mas comedias, o. 3.	3 5	Una broma pesada, t. 2.	3 5
—Castellana de Laval, t. 3.	9 9	Los Mosqueteros, t. 6 c.	2 14	No es oro cuanto reluce, o. 3.	3 7	Un mosquetero de Luis XIII, t. 2.	2 5
—Cruz de Malta, t. 5.	2 8	La marquesa de Savannes, t. 3.	2 5	No hay mal que por bien no ven- ga, o. 1.	3 4	Un día de libertad, t. 3.	7 4
—Cabeza á pájaros, t. 1.	2 5	—Mendiga, t. 4.	6 8	Ni por esas!! o. 5.	3 4	Uno de tantos bribones, t. 3.	9 5
—Cruz de Santiago ó el magne- tismo, t. 3. a. y p.	2 8	—noche de S. Bartolomé de 1572, t. 5.	2 11	Ni tanto ni tan poco, t. 5.	4 4	Una cura por homeopatía, t. 3.	5 4
Los Contrastes, t. 1.	2 2	—Opera y el sermón, t. 2.	3 6	Ojo y nariz!! o. 1.	1 3	Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas, t. 3.	3 8
La conciencia sobre todo, t. 3.	2 4	—Pomada prodigiosa, t. 1.	2 2	Olimpia, ó las pasiones, o. 3.	2 8	Un error de ortografía, o. 1.	2 5
—Cocinera casada, t. 1.	3 4	Los pecados capitales. Magia, o. 4	9 9	Otra noche toledana, ó un caba- llero y una señora, t. 1.	1 1	Una conspiración, o. 1.	1 5
Las camaristas de la Reina, t. 1.	7 6	—Percances de un carlista, o. 1.	3 9	Percances de la vida, t. 1.	2 4	Un casamiento por poder, o. 1.	3 3
La Corona de Ferrara, t. 5.	3 7	—Penitentes blancos, t. 2.	5 3	Perder y ganar un trono, t. 1.	2 3	Una actriz improvisada, o. 1.	2 5
Las Colegiales de Saint-Cyr, t. 5	2 7	La paga de Navidad, zarz. o. 1.	5 13	Paraguas y sombrillas, o. 1.	5 12	Un tio como otro cualquiera, o. 2.	2 4
La cantinera, o. 1.	1 6	—Penitencia en el pecado, t. 3.	3 6	Perder el tiempo, o. 1.	2 4	Un motin contra Esquilache, o. 3.	2 9
—Cruz de la torre blanca, o. 3.	1 5	—Posada de la Madona, t. 4. y p.	4 9	Perder fortuna y pricanza, c. 3.	2 5	Un corazon maternal, t. 3.	2 5
—Conquista de Murcia por don Jaime de Aragón, o. 3.	2 11	Lo primero es lo primero, t. 5.	2 5	Pobreza no es vileza, o. 1.	3 11	Una noche en Venecia, o. 4.	2 12
—Calderona, o. 5.	3 3	La pupila y la pëndola, t. 1.	2 6	Pedro el negro, ó los bandidos de la Lorena, t. 5.	2 10	Un viaje á América, t. 3.	2 8
—Condesa de Senecey, t. 3.	3 3	—Protegida sin saberlo, t. 2.	1 6	Por no escribirle las señas, t. 1.	3 3	Una estocada, t. 2.	2 6
—Caza del Rey, t. 1.	2 6	Los pastales de Maria Michon, t. 2	1 7	Perder ganando ó la batalla de damas, t. 5.	2 3	Un matrimonio al vapor, o. 1.	2 4
—Capilla de San Magín, o. 1.	5 4	—Prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre, t. 5.	2 7	Por tener un mismo nombre, o. 1	2 3	Un soldado de Napoleon, t. 2.	3 4
—Cadena del crimen, t. 5.	5 9	—Perla sevillana, o. 1.	2 3	Por tenerle compasion, t. 1.	2 2	Un casamiento provisional, t. 1.	5 4
—Campanilla del diablo, t. 4 y p. Magia.	5 13	—Primer escapatoria, t. 2.	2 4	Por quinientos florines, t. 1.	5 4	Una audiencia secreta, t. 3.	2 9
Los celos, t. 3.	3 5	—Prueba de amor fraternal, t. 2	3 3	Papeles, cartas y enredos, t. 2.	2 8	Un quinto y un párbulo, t. 1.	2 3
Las cartas del Conde-duque, t. 2	1 7	—Pena del talion ó venganza de un marido, o. 5.	3 5	Por ocultar un delito aparecer criminal, o. 2.	3 4	Un mal padre, t. 3.	4 4
La cuenta del Zapatero, t. 1.	2 6	—Quinta de Verneuill, t. 5.	4 10	Percances matrimoniales, o. 3.	3 3	Un rival, t. 1.	1 4
—Casa en risa, t. 1.	2 3	—Quinta en venta, o. 3.	1 5	Por casarse! t. 1.	2 3	Un marido por el amor de Dios t. 1.	2 3
—Doble caza, t. 1.	2 6	Lo que se tiene y lo que se pierde, t. 1.	5 4	Pero Grullo, zarz. o. 2.	2 6	Un amante aborrecido, t. 2.	2 5
Los dos Fóscares, o. 5.	1 11	Lo que está de Dios, t. 3.	5 6	Por camino de hierro, o. 1.	3 7	Una intriga de modistas, t. 1.	8 »
La dicha por un anillo, y mági- co rey de Lidia, o. 3. Magia.	4 9	La Reina Sibila, o. 5.	2 6	Por amar perder un trono, o. 3.	3 6	Una mala noche pronto se pasa, t. 1.	2 1
Los desposorios de Inés, o. 3.	3 3	—Reina Margarita, t. 6 c.	7 17	Pecado y penitencia, t. 5.	3 4	Un imposible de amor, o. 5.	3 3
—Dos cerrajeros, t. 3.	2 2	—Rueda del coquelismo, o. 3.	2 4	Pérdida y hallazgo, o. 1.	1 2	Una noche de enredos, o. 1.	2 5
Los dos hermanos, t. 2.	3 5	—Roca encantada, o. 1.	2 6	Por un saludo, t. 1.	1 5	Un marido duplicado, o. 1.	3 4
Los dos ladrones, t. 1.	1 3	Los reyes magros, o. 1.	5 8	Quién será su padre? t. 2.	2 5	Una causa criminal, t. 3.	6 6
—Dos rivales, o. 3.	2 9	La Rama de encina, t. 5.	2 10	Quién reirá el último? t. 1.	1 1	Una Reina y su favorito, t. 5.	3 16
Las desgracias de la dicha, t. 2.	3 8	—Saboyana ó la gracia de Dios, t. 4.	4 8	Querer como no es costumbre, o. 1.	3 5	Un rapto, t. 3.	1 11
—Dos emperatrices, t. 3.	3 8	—Selva del diablo, t. 1.	1 15	Quien piensa mal, mal acierta, o. 3.	3 5	Una encomienda, o. 2.	2 3
Los dos ángeles guardianas, t. 1.	1 3	—Serenata, t. 1.	3 5	Quien á hierro mata... o. 1.	2 7	Una romántica, o. 1.	3 3
—Dos maridos, t. 1.	3 3	—Sesentona y la colegiala, o. 1.	5 4	Reinar contra su gusto, t. 3.	2 4	Un Angel en las boardittas, t. 1.	1 3
La Dama en el guarda-ropa, o. 1	2 4	—Sombra de un amante, t. 1.	2 5	Rabia de amor!! t. 1.	3 3	Un enlace desigual, o. 3.	4 3
Los dos condes, o. 3.	2 6	Los soldados del rey de Roma, t. 2	2 7	Roberto Hobart, ó el verdugo del rey, o. 3 a. y p.	3 6	Una dicha merecida, o. 1.	1 4
La esclava de su deber, o. 3.	2 3	—Templarios, ó la encomienda de Aciñón, t. 3.	1 14	Ruel, defensor de los derechos del pueblo, t. 5.	3 6	Una crisis ministerial, t. 1.	2 15
—Fortuna en el trabajo, o. 3.	2 7	La taza rota, t. 1.	2 5	Ricardo el negociante, t. 3.	4 9	Una Noche de Máscaras o. 3.	4 7
Los falsificadores, t. 3.	3 8	—Tercera dama-duende, t. 5.	2 11	Recuerdos del dos de mayo, ó el ciego de Ceclavin, o. 1.	3 5	Un insulto personal ó los dos co- bardes, o. 1.	2 4
La feria de Ronda, o. 1	2 3	—Toca azul, t. 1.	5 7	Rita la española, t. 4.	3 7	Un desengaño á mi edad, o. 1.	2 4
—Felicidad en la locura, t. 1	1 5	Los Trabucos, o. 5.	6 13	Ruy Lope—Dábolos, o. 3.	2 10	Un Poeta, t. 1.	2 5
—Favorita, t. 4.	3 10	—Últimos amores, t. 2.	3 2	Ricardo y Carolina, o. 5.	2 10	Un hombre de bien, t. 2.	6 6
—Finezza en el querer, o. 3.	1 5	La Vida por partida doble, t. 1.	5 3	Romanelli, ó por amar perder la honra, t. 4.	2 6	Una deuda sagrada, t. 1.	1 4
Las ferias de Madrid, o. 6 c.	9 14	—Viuda de 15 años, t. 1.	3 2	Si acabarán los enredos? o. 2.	3 4	Una preocupación, o. 1.	3 6
Los Fueros de Cataluña, o. 4.	2 14	—Victima de una vision, t. 1.	4 5	Sin empleo y sin mujer, o. 1.	2 5	Un embuste y una boda, zarz. o. 2	3 5
La guerra de las mugeres, t. 10 c.	6 18	—Viva y la difunta, t. 1.	1 3	Santi boniti baratti, o. 1.	2 4	Un tio en las Californias, t. 1.	2 2
—Gaceta de los tribunales, t. 1.	3 4	Mauricio ó la favorita, t. 2.	2 5	Sitiar y vencer, ó un día en el Escorial, o. 1.	3 4	Una tarde en Ocaña ó el reser- vado por fuerza, t. 3.	2 6
—Gloria de la muger, o. 3.	2 4	Mas vale tarde que nunca, t. 1.	2 4	Sobresaltos y congostas, o. 5.	3 11	Un cambio de parentesco, o. 1.	3 2
—Hija de Cromwel, t. 1.	2 5	Muerto civilmente, t. 1.	2 3	Seis cabezas en un sombrero, t. 1.	2 5	Una sospecha, t. 1.	2 3
—Hija de un bandido, t. 1.	1 4	Memorias de dos jóvenes casadas, t. 1.	1 5	Tom—Pus, ó el marido confiado, t. 1.	3 7	Un abuelo de cien años y otro de diez y seis, o. 1.	3 8
—Hija de mitio, t. 2.	5 2	Mi vida por su dicha, t. 3.	5 5	Tanto por tanto, ó la capa roja, o. 1.	4 10	Un héroe del Avapias (parodia de un hombre de Estado) o. 1.	2 6
—Hermana del soldado, t. 3.	2 9	Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio, t. 5.	5 8	Trapisandas por bondad, t. 1.	3 7	Un Caballero y una señora, t. 1.	1 1
—Hermana del carretero, t. 5.	2 10	Martin y Bamboche ó los amigos de la infancia, t. 9 c.	4 12	Todos son raptos, zarz. o. 1.	2 11	Una cadena, t. 5.	2 8
Las huérfanas de Amberes, t. 5	2 10	Mateo el veterano, o. 2.	2 7	Tia y sobrina, o. 1.	2 6	Una Noche deliciosa, t. 1.	» 2
La hija del regente, t. 5.	3 15	Marco Tempesta, t. 3.	2 5	Vencer su eterna desdicha ó un caso de concencia, t. 3.	3 9	Yo por vos y vos por otro! o. 5.	4 5
Las hijas del Cid ó los infantes de Carrion, o. 3.	2 9	Maria de Inglaterra, t. 3.	2 11	Valentina Valentona, o. 4.	2 7	Ya no me caso, o. 1.	1 5
La Hija del prisionero, t. 5.	6 13	Margarita de York, t. 3.	3 11	Vicente de Paul, ó los huérfanos del puente de Nuestra Señora, t. 5. a. y p.	4 11		
—Herencia de un trono, t. 5.	2 11	Maria Remont, t. 3.	4 7	Un buen marido! t. 1.	1 5		
Los hijos del tío Tronera, o. 1.	3 5	Mauricio, ó el médico generoso, t. 2.	3 4	Un cuarto con dos camas, t. 1.	» 2		
—Hijos de Pedro el grande, t. 5.	3 15	Mah, ó la insurreccion, o. 5.	3 4	Un Juan Lancas, t. 1.	2 8		
La honra de mi madre, t. 3.	3 3	Monge Seglar, o. 5.	3 7	Una cabeza de ministro, t. 1.	2 5		
—Hija del abogado, t. 2.	2 5	Miguel Angel, t. 3.	2 11	Una Noche á la intemperie, t. 1.	1 1		
—Hora de centinela, t. 1.	2 8	Megani, t. 2.	2 6	Un bravo como hay muchos, t. 1.	1 2		
—Herencia de un valiente, t. 2	1 4	Maria Calderon, o. 4.	2 8	Un Diablillo con faldas, t. 1.	1 3		
Las intrigas de una corte, t. 5.	4 7	Mariana la vivandera, t. 5.	3 9	Un Pariente millonario, t. 2.	3 6		
La ilusión ministerial, o. 3.	5 9	Misterios de bastidores, segunda parte, zarz. 1.	5 15	Un Avaro, t. 2.	2 4		
—Joven y el zapatero, o. 1.	2 3	Música y versos, ó la casa de huéspedes, o. 1.	3 7	Un Casamiento con la mano iz- quierda, t. 2.	2 4		
—Juventud del emperador Car- los V, t. 2.	2 8	Mallorca cristiana, por don Jai- me I de Aragón, o. 4.	1 12				
—Jorobada, t. 1.	1 5	Maruja, t. 1.	2 4				
—Ley del embudo, o. 1.	4 4	Ni ella es ella ni él es él, ó el ca- pitan Mendoza, t. 2.	4 4				
—Limosna y el perdón, o. 1.	» 4	No ha de tocarse á la Reina, t. 3.	2 3				
—Loca, t. 4.	5 4	Nuestra Sra. de los Avismos, ó el castillo de Villemense, t. 5.	3 7				
—Loca, ó el castillo de las siete torres, t. 5.	2 11	Nunca el crimen queda oculto á la justicia de Dios, t. 6 c.	4 8				
—Muger electrica, t. 1.	2 3	Noche y dia de aventuras, ó los guianes duendes, o. 3.	4 11				
—Modista alferez, t. 2.	3 6						
—Mano de Dios, o. 5.	2 7						
—Moza de meson, o. 3.	5 12						
—Madre y el niño siguen bien, t. 1.	2 6						
—Marquesa de Seneterre, t. 3.	3 3						
Los malos consejos, ó en el pe- cado la penitencia, t. 3.	2 9						
La muger de un proscrito, t. 5.	5 6						
Los mosqueteros de la reina, t. 3.	5 8						
La mano derecha y la mano iz- quierda, t. 4.	5 11						

ADVERTENCIAS.

La primera casilla manifiesta las mugeres que cada comedia tiene, y la segunda los Hombres. Las letras O y T que acompañan á cada titulo, significan si es original ó traducida. En la presente lista están incluidas las comedias que pertenecieron á don Ignacio Boix y don Joaquin Merás, que en los repertorios Nueva Galeria y Museo Dramático se publicaron, cuya propiedad adquirió el señor Lalama. Se venden en Madrid, en las librerías de PEREZ, calle de las Carretas; CUESTA calle Mayor. En Provincias, en casa de sus Corresponsales.

MADRID: 185 .
IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
 Calle del Duque de Alba, n. 13.

El depósito de estas Comedias, que estaba en la librería de Cuesta, calle Mayor, se ha trasladado á la de las Carretas, n. 8, librería de D. Vicente Matute.

Continúa la lista de la Biblioteca, el Museo y Nueva Galería dramática, inserta en las páginas anteriores.

Andese usted con bromas, t. 1.	5	5	—Bravo y la Cortesana de Venecia, t. 5.	3	10	—buena ventura, t. 5.	4	8	Perdon y olvido, t. 5.	2	6
A cuartel desde el convento, t. 3.	6	9	El Alba y el Sol, o. 4.	4	10	—ilusion y la realidad, t. 4.	5	8	Para que te comprometas!! t. 1.	2	6
Aranjuez Tembleque y Madrid, 5.	5	15	El avisou publico ó fisonomista, 2.	2	5	—huérfana de Flandes ó dos madres, t. 5.	5	5	Pobre martir! t. 5.	1	3
A buen tiempo un desengaño, o. 1.	2	3	—rival amigo, o. 1.	2	5	Los boleros en Londres, z. 1.	4	6	Pobre madre!! t. 5.	1	3
A Manila! con dinero y esposa, t. 1.	3	4	—rey niño, t. 2.	4	5	La conciencia, t. 5.	5	12	Para un apuro un amigo, o. 1.	1	3
Ah!! t. 1.	3	3	—Reyd. Pedro, ó los conjurados.	4	8	—hechicera, t. 4.	4	4	Pagarse del exterior, o. 5.	3	3
Al fin quien la hace la paga, o. 2.	3	3	—marido por fuerza, t. 5.	2	6	—hija del diablo, t. 3.	4	4	Por un gorro! t. 1.	3	3
Apostata y traidor, t. 3.	2	6	—Juego de cubiletes, o. 1.	2	2	—desposada, t. 5.	4	4	Qué será? ó el duende de Aranjuez, o. 4.	3	5
Agustín de Rojas, o. 5.	2	10	El amor á prueba, t. 1.	2	5	Lo que son hombres!! t. 3.	1	3	Ricardo III, (segunda parte de los Hijos de Eduardo) t. 5.	4	12
Abenabó, o. 5.	2	8	—asno muerto, t. 5 y p.	3	12	Los chalecos de su excelencia, t. 3.	2	2	Rocio la buñolera, o. 1.	5	9
Amores de sopetón, o. 3.	5	5	—Vicirio de Wackefield, t. 5.	5	10	Lino y Lana, z. 4.	4	7	Sara la criolla, t. 5.	5	7
Amor y abnegacion, ó la pastora del Mont-Cenis, t. 5.	5	7	—El bien y el mal, o. 1.	1	5	Las hijas sin madre, t. 5.	2	6	Subir como la espuma, t. 5.	5	8
Acaza de un yerno! t. 2.	5	5	El angel malo ó las germanias de Valencia, o. 5.	2	13	La Czarina, t. 5.	2	7	Simon el veterano, t. 4 pról.	4	10
Amor y resignacion, o. 3.	2	2	—mudo, t. 6. c.	2	10	—Virtud y el vicio, t. 5.	2	5	Samuel el Judío, t. 4.	1	15
Bodas por ferro-carril, t. 1.	2	3	—genio de las minas de oro, má-gia, o. 3.	5	9	—cuestion es el trono, t. 4.	2	5	Satandis! t. 4.	2	14
Beso á V. la mano, o. 1.	2	5	Entoas partes cuecen habas, o. 1.	2	5	—despedida ó el amante á dieta, t. 1.	2	5	Será posible? t. 1.	1	15
Blas el armero, ó un veterano de Julio, o. 3.	1	6	El parto de los montes, o. 2.	2	5	Lo que quiera mi muger, t. 4.	2	2	Soy mu... bonito, o. 1.	2	7
Berta la flamenco, t. 5.	5	9	—que de ageno se viste, o. 1.	3	6	Las dos primas, o. 1.	2	2	Sea V. amable, i. 1.	3	5
Ben-Leiló el hijo de la noche, t. 7.	5	11	—carnava! de Nápoles, o. 3.	5	6	La codorniz, t. 1.	2	2	Tres pájaros en una jaula, t. 1.	2	5
Consecuencias de un peinado, t. 3.	4	8	—rayo de Andalucía, o. 4.	4	12	—Ninfa de los mares, Magia o. 3.	2	8	Tres monstras de una mona, o. 3.	3	3
Cuento de no acabar, t. 1.	2	2	—Torero de Madrid, o. 1.	2	5	Laura, ó la venganza de un esclavo, 5, pról. y epil.	5	15	Tentaciones!! z. 1.	1	3
Cada loco con su tema, o. 1.	1	3	Es la chachi, z. o. 1.	1	2	La peste negra, t. 4 y pról.	5	8	Tres á una, o. 1.	3	3
46 mugeres para un hombre, t. 1.	4	5	El fontillo de la Condesa, t. 1.	1	2	—cosa urgell! t. 1.	2	5	Tal para cual ó Lola la gaditana, z. o. 1.	2	4
Conspirar contra su padre, t. 5.	1	10	El médico de los niños, t. 5.	4	5	—muger de los huevos de oro, t. 1.	1	5	Tiró el diablo de la manta, o. 1.	3	5
Celos maternos, t. 2.	3	5	Es V. de la boda, t. 3.	3	7	—Independencia española, ó el pueblo de Madrid en 1808, o. 3.	5	8	Too es jasta que me ensae, o. 1.	5	10
Calavera y preceptor, t. 3.	3	5	Fé, esperanza y Caridad, t. 5.	3	8	Lo que falta á mi muger, t. 1.	3	3	Viva el absolutismo! t. 1.	5	3
Como marido y como amante, t. 1.	1	2	Favores perjudiciales, t. 1.	2	5	Lo que sobra á mi muger, t. 1.	2	2	Viva la libertad! t. 4.	5	6
Cuidado con los sombreros!! t. 1.	2	3	Gonzalo el bastardo, o. 5.	4	9	La paz de Vergara, 1839, o. 4.	5	10	Una mujer cual no hay dos, o. 1.	1	3
Curro Bravo el gaditano, o. 3.	2	5	Hablar por boca de ganso, o. 1.	2	2	—sencillez provinciana, t. 1.	2	1	Una suegra, o. 1.	3	5
Chaquetas y fraques, o. 2.	4	6	Haciendo la oposicion, o. 1.	1	2	—torre del águila negra, o. 4.	5	10	Un hombre célebre, t. 5.	3	4
Con título y sin fortuna, o. 5.	6	7	Ho meopálicamente, t. 4.	2	2	—flor de la canela, o. 4.	5	8	Una camisa sin cuello, o. 1.	5	4
Casado y sin muger, t. 2.	2	4	Hay Providencia! o. 3.	2	5	Los celos del tio Macaco, o. 1.	2	7	Un amor insoportable, t. 4.	2	3
Donas familias rivales, t. 5.	2	8	Harry el diablo, t. 3.	3	8	La venganza mas noble, o. 5.	2	3	Un ente susceptible, t. 1.	2	3
Don Ruperto Culebrin, comedia zarz., o. 2.	4	12	Herir con las mismas armas, o. 1.	1	3	La serrana, z. 1.	2	2	Una tarde aprovechada, o. 4.	1	3
D. Luis Osorio, ó vivir por arte del diablo, o. 5.	5	20	Ilusiones perdidas, o. 4.	4	7	Las dos bodas, descubierta, o. 1.	2	2	Un suicidio, o. 1.	2	3
Dido y Eneas, o. 1.	1	2	Juan el cochero, t. 6. c.	2	8	Los toros del puerto, z. 1.	2	3	Un viejo verde, t. 1.	1	2
D. Esdrújulo, z. 1.	1	1	Jocó, ó el orang-után, t. 2.	1	3	La sal de Jesus, z. 1.	2	2	Un hombre de Lavapies en 1808, o. 3.	2	10
Donde las toman las dan, t. 1.	1	2	Juzgar por las apariencias, ó una maraña, o. 2.	1	3	Lola la gaditana, z. 1.	2	4	Un soldado voluntario, t. 3.	4	7
Decretos de Dios, o. 3 y pról.	3	7	Jaque al rey, t. 5.	3	3	La velada de San Juan, o. 2.	3	9	Un agente de teatros, t. 1.	2	4
Droguero y confitero, o. 1.	5	5	Los culzones de Trafalgar, t. 1.	2	2	La eleccion de un alcalde, o. 1.	2	4	Una venganza, t. 4.	2	4
Desde el tejado á la cueva, ó des-dichas de un Boticario, t. 5.	3	6	La infanta Oriana, o. 3 magia.	3	15	Los huérfanos del puente de nueva Señora, 7 c.	2	5	Una esposa culpable, t. 4.	2	10
Don Currilo y la cotorra, o. 1.	3	5	—pluma azul, t. 1.	3	5	La política de los partidos, o. 3.	2	5	Un gallo y un pollo, t. 1.	2	3
De todas y de ninguna, o. 1.	4	5	—batelera, zarz. 1.	1	2	—cigarrera de Cádiz, o. 1.	2	4	Una base constitucional, t. 1.	2	1
D. Rufo y Doña Termola, o. 1.	2	6	—dama del oso, o. 3.	1	2	—La mensajera, o. 2, ópera.	3	4	Ultimo á Dios!! t. 1.	4	2
De quien es el niño, t. 1.	2	6	—rueca y el canamazo, t. 2.	3	5	Las hadas, ó la cierva en el bosque, t. 5.	3	8	Un prisionero de Estado ó las apariencias engañan, o. 5.	4	4
El dos de mayo!! o. 5.	2	10	Los amantes de Rosario, o. 1.	5	5	La cuestión de la botica, o. 3.	2	6	Un viaje al rededor de mi muger, t. 1.	2	3
El diablo alcalde, o. 4.	1	4	Los votos de D. Trifon, o. 1.	2	2	Leopoldina de Nivara, t. 3.	3	5	Un doctor en dos tomos, t. 3.	2	4
El espantajo, t. 1.	1	2	La hija de su yerno, t. 1.	1	3	La novia y el pantalón, t. 1.	2	4	Urganda la desconocida, o. má-gia, 4.	2	4
El marido calavera, o. 3.	2	5	La cabaña de Tom, ó la esclavitud de los negros, o. 6. c.	5	15	La boda de Gervasio, t. 1.	2	4	Una pantera de Java, t. 1.	2	3
El camino mas corto, o. 1.	2	2	La novia de encargo, o. 4.	3	5	La diplomacia, o. 5.	4	5	Un marido buen mozo, y un feo, 1.	2	5
El quince de mayo, zarz. o. 4.	3	5	La cámara roja, t. 5 a. y 1 pról.	2	10	La serpiente de los mares, t. 7. c.	2	11	Zarzuelas con musica, propiedad de la Biblioteca.	5	5
Economías, t. 1.	4	5	La venta del Puerto, ó Juanillo el contrabandista, zarz. 1.	2	5	Lo que son suegras, t. 1.	2	2	Geroma la castañera, o. 1.	2	3
El cuello de una camisa, o. 3.	5	7	La suegra y el amigo, o. 5.	3	5	Maria Rosa, t. 5 y pról.	5	10	El biolon del diablo, o. 4.	2	3
El biolon del diablo, o. 4.	5	7	Luchas de amor y deber, ó una venganza frustrada, o. 3.	3	5	Maridotoño y muger bonita, t. 1.	2	5	Todos son raptos, o. 1.	2	3
El amor por los balcones, zar. 1.	2	3	Las obras del demonio, t. 3 y pról.	2	8	Mas es el ruido que las nueces, t. 1.	1	2	La paga de Navidad, o. 2.	5	12
El marido ocupado, t. 1.	3	2	La maldicion ó la noche del crimen, t. 5 y pról.	4	5	Margarita Gautier, ó la dama de las camelias, t. 5.	5	10	Misterios de bastidores, (segunda parte), o. 1.	3	3
El honor de la casa, t. 5.	3	7	La cabeza de Martin, t. 1.	2	4	Mi muger no me espera, t. 1.	3	5	La batelera, t. 1.	5	3
Elena, o. 5.	3	2	Lisbet, ó la hija del labrador, t. 5.	6	11	Monck, ó el salvador de Inglaterra, t. 5.	2	9	Pero Grullo, o. 2.	5	9
El verdugo de los calaveras, t. 3.	4	11	Las ruinas de Babilonia, o. 4.	2	14	Martin el guarda-costas, t. 4 y p.	5	12	El ventorrillo de Alfarache, o. 1.	1	4
El peluquero del Emperador, t. 5.	5	7	Los jueces francos ó los invisibles, t. 4.	5	15	Mas vale llegar á tiempo querodar un año, o. 4.	3	5	La venta del Puerto, ó Juanito el contrabandista, zarz. 1.	2	3
El cielo y el inferno, magia, t. 5.	5	8	Llueven cuchilladas ó el capitán Juan Centellas, o. 3.	2	9	Mas vale maña que fuerza, o. 1.	3	5	El amor por los balcones, zarz. 1.	2	3
El yerno de las espinacas, t. 1.	3	2	Los Cosacos, t. 5.	5	14	Maria Simon, t. 5.	3	8	El tio Pinini, 1.	3	3
El judío de Venecia, t. 5.	3	2	La procesion del niño perdido t. 1.	1	5	Maria Leckzinska, t. 5.	5	9	La fábrica de tabacos, 2.	5	5
El ladivino, t. 2.	5	4	—plegariu de los naufragos, t. 5.	5	10	Narcisito, o.	1	4	El 15 de mayo, 1.	2	5
El amor en verso y prosa, t. 2.	5	5	—hija de la favorita, t. 5.	4	7	Note fies de amistades, t. 5.	2	8	D. Esdrújulo, 1.	2	5
El ahorcado!! t. 5.	5	5	—azucena, o. 1.	2	8	Nilefalta ni le sobra á mi muger 1.	3	3	El tio Carando, 1.	2	5
El tio Pinini, zarz. 1.	2	5	—mestiza, ó Jacobo el cursario, t. 1.	1	9	No fiarse de compadres, o. 1.	3	5	Lino y Lana, 1.	2	5
El tesoro del pobre, t. 5.	6	10	Los muebles de Tomasa, t. 1.	2	5	O la pava y yo, ó ni yo ni la pava, t. 4.	2	5	Tentaciones! 1.	3	4
El lapidario, t. 5.	4	11	La fábrica de tabacos, zarz. 2.	2	5	Oh!!! t. 1.	2	5	Las sencillez provinciana, t. 1.	2	3
El quante ensangrentado, o. 3.	2	5	Lobo y Gordero, t. 1.	3	8	Papeles cantan, o. 5.	3	4	La sal de Jesus! 1.	2	3
El tio Carando, z. 1.	4	6	La casa del diablo, t. 2.	2	3	Pedro el marino, t. 1.	3	4	Es la Chachi, 1.	2	3
El corazon de una madre, t. 5.	2	6	La noche del Viernes Santo, t. 3.	3	5	Por un retrato, t. 1.	2	3	Lola la gaditana, 1.	2	6
El canal de S. Martin, t. 5.	5	8	Las minas de Siberia, t. 5.	4	5	Pagar con favor agravio, o. .	2	6	Y las partituras:	5	12
El renegado ó los conspiradores de Irlanda, t. 5.	5	11	La mentira es la verdad, t. 1.	3	10	Paulo el romano, o. 1.	5	4	El tio Caniyilas, 2.	2	5
El bosque del ajusticiado, t. .	2	7	La encrucijada del diablo, ó el puñal y el asesino, t. 4.	4	4	Pepiya la solterosa, z. 1.	5	4	La gitanilla de Madrid, 1.	1	3
El amor todo es ardid, t. 2.	1	7	La juventud de Luis XIV, t. 5.	4	3	Por tierra y por mar ó el viage de mi muger, t. 5.	5	12	Jocó ó el orang-utang, 2.	5	3
El Czar y la Vivandera, t. 1.	2	3				Por veinte napoleones!! t. 1.	1	5			
El varoncito ó un pollo en tiempo de Luis XV, t. 2.	4	3									
El juramento, o. 5 y pról.	2	8									